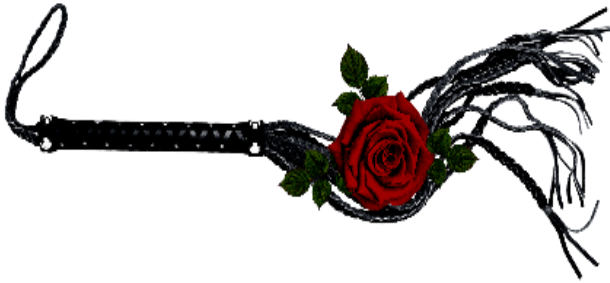


Conquistarte

Lin Marrod



saga

Los Sartori

Título: Conquistarte
Primera edición: Marzo 2021
©Del texto: Lin Marrod



Servicios editoriales "Letras del alma"

©Maquetación: Mayelín Martínez Rodríguez.

©Diseño de portada: María José Martínez Ruano.

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su reproducción a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o en cualquier medio, sea este electrónico, mecánico o por fotocopia, por grabación o por otros métodos sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (artículo 270 y siguientes del Código Penal).

Imágenes interiores : Canva Pro (martinezmayelin709@gmail.com)

Imágenes de portada: Depositphotos. Canva Pro (martinezmayelin709@gmail.com)

A mis hijos, a mi gemela diabólica: lectores o, confidentes,
amigos; herederos todos del gen de la diosa suprema.

La verdadera sumisión no se consigue con miedo, sino con amor.

Prólogo	6
<i>Capítulo 1</i>	7
<i>Capítulo 2</i>	17
<i>Capítulo 3</i>	29
<i>Capítulo 4</i>	33
<i>Capítulo 5</i>	38
<i>Capítulo 6</i>	43
<i>Capítulo 7</i>	46
<i>Capítulo 8</i>	55
<i>Capítulo 9</i>	65
<i>Capítulo 10</i>	73
<i>Capítulo 11</i>	76
<i>Capítulo 12</i>	84

Prólogo

Conquistarte es una novela que me ha dado muchas satisfacciones. No creí que fuera capaz de incursionar tan profundo en la erótica, pero aquí estamos.

Lo primero que voy a mencionar es que es una novela no apta para mojigatas, sin ánimo de ofender. Y para dejarlo bien claro, cuando digo mojigata no me refiero a sinónimo de “no me gusta el género erótica”.

He tenido que salir en defensa de esta historia en más de una ocasión. Me gustaría que el que decida leerla, lo haga con pleno conocimiento de lo que va a encontrar.

La sumisión es y será controversial, hasta que las personas entiendan que no es violencia de género. Es una elección, donde todo es consensuado, y, si no es así, entonces ya no estamos hablando del mismo tema. En esta novela se muestran las dos situaciones.

La historia de mis personajes tiene de todo, como la vida misma. Escribo sobre seres humanos que pierden el rumbo y actúan de formas cuestionables, pero ¿quién no lo ha hecho alguna vez? Creo firmemente que nadie es totalmente bueno ni totalmente malo, y así lo dejo ver en mis novelas.

Escribo con total libertad, porque aclaro en cada sitio donde publico que son historias +18. No fomento el maltrato a la mujer, solo pretendo mostrar que todas las relaciones de pareja no se desarrollan de igual forma, y que la vida no es negra y blanca, hay muchas zonas grises que superar. Dichosos los que son capaces de ver más allá de los problemas y luchan hasta el final por algo que vale la pena vivir.

Mis historias van dirigidas a mujeres hechas y derechas, esas que saben muy bien lo que quieren, cómo lo quieren y cuándo lo quieren. Espartanas que luchan sin perder la ternura. Empoderadas que saben que sus inclinaciones sexuales no les quitan ni un ápice de su integridad.

Dicho esto, deseo que disfruten esta historia de segundas oportunidades, cargada de drama y pasión.

Capítulo 1

Lower Manhattan, New York
Sede de Sartori's Enterprise
6 de enero, 2017

Luciana recorrió, por enésima vez, el mismo tramo de acera frente a la entrada principal del ciento cincuenta de Greenwich Street. Las oficinas de la sede neoyorquina de Sartori's Enterprise, en el piso treinta y ocho, eran su objetivo.

Detuvo su caminar y miró de soslayo las puertas de vidrio. Con los labios apretados, se dirigió hacia ellas, y al llegar a su altura volvió a pasar de largo. Maldijo en silencio su cobardía mientras se protegía las manos dentro de los bolsillos del abrigo.

La gélida brisa le golpeó el rostro. Recordó que llevaba más de una hora a la intemperie. Toda ella tembló de frío, pero no era solo el clima lo que afectaba su temperatura corporal. Instintivamente, se arregló los mechones que se le habían escapado del moño.

Unió las manos, se las llevó a la boca e intentó calentarlas. El estómago gruñó a modo de protesta. En las últimas veinticuatro horas no había probado alimento. El dolor, por la muerte de su hermano, había hecho que alimentarse fuera la última de sus prioridades.

Los transeúntes, la mayoría turistas, pasaban de largo hacia el Memorial. Ajenos a su situación, se integraban en el agitado ritmo de la gran manzana. Los hombres la miraban sin siquiera disimular; no se resistían a admirar las llamativas formas que intentaba esconder bajo el abrigo, un Dolce Gabbana de doble botonadura y cintura marcada. Cuanto más se arrebujaba en él, más se notaban sus escandalosas curvas bajo la lana color crema.

Suspiró resignada y se colgó el bolso del hombro. Debía tomar una decisión. Era hora de marcharse o entrar. Su comportamiento sospechoso había alertado a uno de los guardias de seguridad. El hombre la observaba con recelo. Si aún no salía a pedirle que se largara, era por puro milagro.

Se llenó los pulmones con una profunda bocanada de aire, como si ese acto también pudiera llenarla del valor que necesitaba.

Esperó a que las puertas se abrieran y avanzó decidida hasta los ascensores.

Entró en uno de ellos y pulsó el botón del piso ocupado por la empresa de inversiones italiana.

Al verse en aquel espacio cerrado, los nervios estuvieron a punto de traicionarla. Las paredes metálicas reflejaron su imagen y le devolvieron recuerdos dolorosos. Bajó la cabeza, temblando, y se arrepintió de haber creído que tenía el coraje necesario para hacer frente a los eventos recientes de su vida.

Si no lograba calmarse antes de que las puertas se abrieran, la visita sería en vano. Rogó a Dios que, antes de entrar a pedirle ayuda a la última persona a la que debía acudir, desaparecieran las emociones que le atenazaban la garganta.

Las puertas se abrieron. La recepción apareció ante sus ojos. Caminó por el amplio espacio contemplando el conjunto de elementos que formaban el diseño. Durante un momento, olvidó las preocupaciones, la reciente pérdida y hasta al intimidante hombre al que se debía enfrentar.

El lugar había sido reformado desde la última vez que estuvo allí. Abrió la boca ante la impresionante combinación de muebles de cuero negro y paredes y visillos blancos. Cada detalle llevaba el sello de la poderosa familia. El mármol de Portoro representaba la elegancia del más puro estilo Sartori. Las lámparas de cristal de Bohemia reflejaban la opulencia que había conocido de primera mano, la misma que, dos años atrás, estuvo a punto de acabar con su vida.

Sobre el pulido ébano del mostrador, destacaba un soberbio arreglo floral. El dorado de las vetas del mármol combinaba con los pistilos de los lirios cala. Ambos elementos eran la nota diferente entre tanto blanco y negro.

Se preguntó si los visitantes se percataban de ese detalle. Por curiosidad, buscó un tercer elemento dorado, pero sabía que no lo encontraría. El dos era el número mágico de los Sartori. Aparecía, sutilmente, en todo lo que se relacionaba con ellos.

Caminó sobre la alfombra persa tejida a mano. El entramado bicolor la guio hasta la recepcionista. La mujer, con maquillaje y peinado glamuroso, intentó ocultar un gesto de rechazo cuando vio que Luciana se dirigía hacia ella.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Busco al señor Dante Sartori.

—¿Tiene cita?

—Dígale, que Luciana Alves necesita hablar con él.

—Perdone, pero no puedo hacer eso. Al señor no le gusta...

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando en la compañía?

—Casi un año —respondió la mujer levantando la nariz.

Al oír la respuesta, Luciana entendió por qué su nombre no significaba nada para aquella mujer que a duras penas contenía su desagrado. Conocía a las de su clase. La odiaban por su belleza y por sus raíces africanas. Contó hasta diez mentalmente y levantó la cabeza.

El logo de la empresa, en la pared del fondo, atrajo su mirada. Era tan negro como el aura que emanaba del hombre al que venía a ver.

Miró a la mujer al oír un tintineo impaciente de uñas contra madera. Quizá el destino la había puesto en su camino para evitar que cometiera el error de buscar a Dante Sartori, pero solo tenía dos opciones para resolver sus problemas. Por increíble que pareciera, el maldito imbécil no era la peor.

—¿Puedo decirle una cosa? —Se inclinó hacia ella y apoyó los codos sobre la madera negra—. Perderá el trabajo si no me anuncia.

La recepcionista, prudente, levantó el auricular.

—Perdone, señor. La señora Luciana Alves está aquí y pregunta por usted. Sí, señor..., sí, señor..., sí, señor. —Tragó saliva y colgó—. El señor Sartori la espera. Coja el ascensor de la izquierda. No hay panel de control; va directo a su despacho.

«Típico de Dante —pensó Luciana—. Controlarlo todo es el eje de su existencia».

Mientras se alejaba, sintió un par de ojos clavados en la nuca. Dedicó una última mirada a la impertinente mujer antes de que las puertas se cerraran.

Con desdén, la recepcionista apartó la mirada. Respiró con fuerza al ver desaparecer a Luciana y repasó la conversación que acababa de mantener con su difícil jefe. La voz del señor Sartori se había transformado al escuchar el nombre de la visita. No hizo falta que la amenazara con despedirla si la dejaba marchar; la desconocida no tenía intenciones de irse sin verlo.



Luciana no se movió del sitio. Odiaba los ascensores.

Entrar en ellos, después de lo que le pasó a Joao, era una prueba para su cordura. Pensó que, al menos, ese no se parecía a ningún otro. Era una maldita caja de metal que le devolvía su imagen desde todos los ángulos. La voluntad la traicionó y miró a la cámara de seguridad.

«Si te conozco bien, Dante Sartori, me estás observando», se dijo.

Fijó la vista en el suelo y esperó a que el ascensor se detuviera. Suspiró al salir y se dirigió hacia la única puerta que había en el vestíbulo. Un escalofrío le recorrió el cuerpo al llamar y oír la voz de Dante, que la invitaba a entrar. Abrió y lo vio de espaldas ante el ventanal. Se detuvo, recelosa, cerca del escritorio.

—¿Por qué estás aquí?

Luciana tembló por el tono. El significado de calma no aplicaba para él igual que para el resto de los mortales.

—Leo me ha dicho que venga.

—¿Por qué ha hecho eso?

—¿Puedes mirarme de una maldita vez?!

La valentía de Luciana se esfumó cuando el hombre se giró y se acercó a ella.

—No vuelvas a levantarme la voz, Lu. —Con las manos tras la espalda, la observó imperturbable—. Responde a la pregunta.

La mujer tragó saliva al oír el diminutivo. Lo normal habría sido que usara su nombre porque así la llamaba cuando se molestaba con ella. Dadas las circunstancias, no tenía sentido que utilizara el apelativo cariñoso.

—Necesito dinero.

—Mírame a la cara cuando me hables. ¿No es eso lo que querías?

—La fría mirada azul encontró la de la mujer—. ¿Para qué lo necesitas?

—He pedido un préstamo, y no lo puedo devolver —respondió ella, y apretó el bolso de forma inconsciente.

La respuesta le despejó varias dudas al hombre.

—Sé que has intentado retirar dinero de tu cuenta —dijo con sequedad.

—Supuse que era mío y que podía disponer de él cuando quisiera.

—Perdiste ese privilegio al desaparecer sin dejar rastro —sentenció Dante.

Luciana bajó la cabeza. Nunca quiso ese dinero. Había vivido dos años por su cuenta y jamás se le ocurrió tomar un centavo de esa tarjeta.

La situación sin salida en la que se encontraba fue la que puso en su mente la idea de usarla.

—¿Por qué, después de tanto tiempo, decidiste aparecer?

—Porque el prestamista quiere cobrarse con sexo, y no puedo permitirlo.

Dante paseó la mirada por ese cuerpo escultural.

—¿Qué te hace pensar que no querré lo mismo si te lo doy?

La mujer, por acto reflejo, dio un paso hacia atrás.

—Puedo pagarte con dinero. Trabajo en tu banco, en Queens —dijo con la rapidez de quien lleva el discurso preparado—. Necesito un plan de pago con intereses, pero él no me da esa posibilidad. Le ofrecí un interés exorbitante, y nada; no aceptó.

Marcharse, sin haberlo intentado todo, no era una opción. Le pedía ayuda aun sabiendo que ese era uno de los errores más grandes que podía cometer en la vida. Sin importar la humillación, agotaría todas las posibilidades con Dante.

—¿De qué cantidad estamos hablando?

Con la pregunta, disimuló la sorpresa que le habían causado las palabras de Luciana. Cuando desapareció, movió cielo y tierra para encontrarla. Jamás pensó que pudiera estar tan cerca.

—Serían cien mil.

—No imagino cómo podrías devolver esa cifra —dijo él, y se apoyó en el escritorio.

—Lo descontarás de mi salario con intereses. No es mucho lo que puedo ofrecer, pero apelo a tu humanidad.

El hombre la cogió por los hombros y la sacudió. Fue tan rápido que no le dio tiempo a reaccionar.

—¿Vienes a pedir dinero con tus condiciones?! ¿Pero tú quién te crees que soy?!

El moño se deshizo y el cabello le cubrió la cara. Cayó de rodillas cuando la soltó. La superficie pulida del suelo le mostró el desorden de los rizos.

—Acepta las exigencias de tu prestamista. De mí no vas a obtener nada, a menos que estés dispuesta a ofrecerme lo que te pide él.

Luciana disimuló un gemido. Dante había dicho la última palabra.

La sola idea de estar a merced de Edgar, el prestamista de su difunto hermano, la hizo estremecer. Sobreponiéndose a las ganas de llorar, se incorporó.

—No quiero volver a tu cama. No he debido venir. Perdona las molestias.

Dante la siguió hasta la puerta. Sintió la tentación de detenerla, pero se lo pensó mejor y, cuando ella desapareció de la vista, marcó el número de su chófer.

—La mujer de piel aceitunada y cabello rizado que saldrá por la puerta en breve, síguela.

Abrió un cajón del escritorio, cogió los prismáticos y se acercó al ventanal. Esperó a que Luciana saliera a la calle y comprobó que Massimo la seguía de cerca. La observó hasta que se perdió de vista al girar en la esquina. Se quedó inmóvil, mirando el horizonte, desconcertado por esa visita inesperada.



Queens, New York
Apartamento de Luciana
6 de enero, 2017

A Luciana se le hizo eterno el regreso a casa. Había necesitado varias horas sentada en el césped, junto al lago cercano a su apartamento. El apacible lugar, desde hacía dos años, se había convertido en confidente de sus congojas. Ese día, la calma que buscaba la esquivó. Tuvo que marcharse a casa con la misma sensación de desasosiego con la que había llegado.

No podía ser de otra manera. Después de la fallida entrevista con Dante, se vio obligada a visitar a Edgar. Aunque logró aplazar lo inevitable, él había aprovechado la situación para manosearla. Nada más llegar a casa, se fue directa al baño y se frotó el cuerpo hasta que le ardió la piel.

Rompió a llorar al comprender que nada le borraría el recuerdo de la boca de Edgar en el cuello y la mano en las nalgas. Golpeó la pared de azulejos molesta consigo misma, con Dante y, sobre todo, con el maldito universo, que se empeñaba en ahogarla cuando apenas conseguía sacar la cabeza del agua.

Salió desnuda del baño, el cabello envuelto con una toalla, y se dejó caer en la cama. Intentó centrarse en la imagen del lago en calma y en las risas de los niños que jugaban cerca de la orilla, pero fue en vano. El recuerdo perturbador de Dante Sartori le invadió la mente.

Lo recordó en medio del lujoso despacho. La luz, que se filtraba a través de los enormes ventanales, resaltaba su formidable físico y su rostro marcado por el desprecio.

Rio a carcajadas. Se llamó ilusa, estúpida y cuanta ofensa se le pasó por la cabeza. ¿En qué mundo buscar a Dante podía ser la solución de sus problemas? El desespero la había llevado a una situación humillante que no iba a terminar allí; Edgar se encargaría de ello.

Se levantó y cogió del sillón la bata de seda y encaje. Se tomó unos segundos para mirarse en el espejo. Había perdido peso. La herida entre las costillas aparecía enrojecida y rodeada por un moretón. Intentó cubrirse, y el dolor le arrancó un quejido. Tuvo que forzarse a hacerlo. Decidió que visitaría el hospital al día siguiente.

La tela delineó cada curva de su cuerpo. Resopló de frustración. A veces, odiaba su belleza. Los hombres la miraban, y no les importaba que tuviera un título universitario o que dominara tres idiomas. A sus ojos, solo era un cuerpo de infarto.

Desde que el paso de niña a adolescente le había transformado el cuerpo, los genes de sus ancestros se habían convertido en una maldición. Mirarse en el espejo era como ver a la abuela Irasema, descendiente de una esclava africana y un colono portugués. Los ojos de color ámbar, con tintes verdosos, eran el resultado de su herencia europea. La mezcla de ambos mundos creó una figura escultural de carnes duras y curvas sinuosas, la misma que se había convertido en su desgracia.

Le dio la espalda al espejo y se quitó la toalla de la cabeza. El rebelde cabello rizado, de tono castaño oscuro, le cubrió la mitad de la espalda. Ecurrió las puntas y se tomó su tiempo para peinarlo.

El timbre la sorprendió; no esperaba visitas. El corazón le latió con fuerza al pensar que Edgar había venido a molestarla, a pesar de haber acordado que pagaría la deuda cuando la herida sanara. Maldijo en silencio y se dirigió hacia la puerta. Las acciones de su hermano y la negativa de Dante la habían arrojado a los brazos de ese cerdo prestamista.

—¿Quién es?

—Soy Leo.

Descorrió la cadena y abrió. Tardó un instante en reconocer al hombre que apareció ante ella.

Intentó cerrar; pero él interpuso el pie y empujó la puerta con tan mala fortuna que Luciana se vio lanzada al suelo. Aturdida, oyó la voz de Leo y lo vio aparecer detrás de su hermano gemelo.

—¿Estás loco, Dante?!

El aludido se apresuró a ayudarla. A pesar de los intentos de la mujer por zafarse, logró inmovilizarla; pero ella gritó y se desfalleció en sus brazos.

—¿Ves lo que has hecho? —le recriminó Leo—. Llévala a la cama y apártate. Quiero ver qué le pasa.

Dante la dejó sobre la cama y se retiró unos pasos. Su entrepierna reaccionó a la tremenda cuando Leo levantó la bata. Por mucho que le costara admitirlo, la belleza de la piel y la vista del sexo, cubierto por un tanga negro, fueron una dura prueba para su control. Frunció el ceño al descubrir la herida que había comenzado a sangrar y el moretón de varios tonos en el abdomen.

—¿Sabes algo de eso? —preguntó a Leo.

—No sé nada, hermano. Estoy tan sorprendido como tú.

Dante salió del dormitorio. Se asomó a la ventana del pequeño salón y miró hacia la calle. La clase de personajes reunidos en la acera, y el ambiente en general, le hicieron pensar que la habían asaltado en ese barrio de mala muerte.

El apartamento era tan pequeño y todo era tan básico que desde donde estaba dominaba el resto de las habitaciones, pero reconoció que la cercanía de Meadows Lake aportaba cierto valor a la propiedad.

Revisó las alacenas y la nevera, y encontró muy pocos comestibles. En el mueble del baño, halló botes de pastillas que le recordaron sus primeras sesiones con el psicólogo, dos años atrás. Sabía el motivo por el que Luciana las tomaba. Pensó que no funcionaron para él, y deseó que ella tuviera mejor suerte.

Volvió al dormitorio y buscó en los cajones del armario. Encontró la ropa interior. Cerró la mano sobre un liguero negro que le trajo un montón de recuerdos. La añoranza se reflejó en su expresión al descubrir un sobre escondido bajo las bragas de encaje. Cogió las postales y las notas de colores de su puño y letra, y se guardó una de color rojo en el bolsillo del abrigo.

Desde la puerta del dormitorio, vio que su hermano acariciaba el rostro de Luciana. Leo no había podido liberarse del efecto que ella le causaba.

«Tampoco yo», se dijo, y resopló molesto por ese pensamiento.

El bolso de ella estaba sobre el sillón y la curiosidad pudo más que él. Ignoró el gesto de desagrado de Leo, quien adivinó sus intenciones, y buscó el documento de identidad en la cartera. Una expresión de asombro se dibujó en su rostro al leerlo.

Luciana había usado el nombre de su abuela para desaparecer.

«¿Cómo no pensé en eso?», se lamentó en silencio.

Cuando ella le dijo que trabajaba en su banco, no la creyó; pero parecía ser verdad. En ese momento comprendió por qué no había podido encontrarla.

—¿Qué hacemos? —quiso saber Leo.

—Me la llevo. Dame la manta para cubrirla.

Salió a la calle con ella en brazos y su hermano lo siguió.

Los pandilleros, sentados en los escalones de la entrada del edificio, se levantaron con actitud hostil; pero la mirada de los gemelos era una clara “invitación” a apartarse.

Pasaron junto a ellos y llegaron al coche. Dante se sentó en la parte trasera y acomodó a Luciana sobre él. La sostuvo con una mano y, mientras Leo conducía, llamó a su mano derecha para asuntos personales.

—Ian, necesito información. Irasema Sampaio. Encuentra todo lo que haya sobre ella de los últimos dos años. Cava profundo. Comienza por la dirección que te envió en un momento.

Leo suspiró. Estaba inquieto desde que había enviado a Luciana al despacho de Dante. Todos sus temores se convertían en realidad. Su hermano volvía a ponerse el traje de amo y, cuando ella despertara, estallaría la guerra.

El regreso de Luciana era un problema mayúsculo, en todos los sentidos, porque ya no era aquella mujer que acataba la voluntad de Dante. Rezar era lo único que quedaba por hacer. Se arrepintió al segundo de habérsela enviado, pero no tuvo opción. No podía ayudarla pasando por encima de la autoridad de su hermano mayor.

El espejo retrovisor le mostró el rostro de Luciana apoyado contra el pecho de Dante. Ella le causaba tal intranquilidad que rayaba en ansiedad. Amarla le había arrebatado la posibilidad de compartir su vida con una mujer. Buscaba el parecido físico en sus amantes, y su hermano, aunque no lo mencionara, se había dado cuenta.

—Vas a aceptar mis condiciones, Lu, y voy a hacer contigo lo que quiera.

Leo frunció el ceño. No pudo evitar el impulso de calmar los ánimos de su hermano:

—Estás reaccionando a lo loco. No deberías...

—¡Ni se te ocurra intervenir!

Leo respiró profundo y desvió la mirada. Sabía de antemano que esa iba a ser la reacción de Dante. A partir de ese momento, su misión era lograr que limaran asperezas, ayudarlos a llegar a un entendimiento sin que se destrozaran el uno al otro por segunda vez.

Capítulo 2

Upper West Side, Manhattan, New York
Apartamento de Dante
7 de enero, 2017

El dolor le arrancó un gemido. En su semiinconsciencia, intentó ubicarse; pero le pesaban los ojos. El olor a antiséptico le recordó al hospital. Trató de incorporarse, y unas manos en los hombros se lo impidieron.

—Estate quieta.

Abrió los ojos de golpe al oír la voz de Dante. Estaba de pie, junto a ella, pendiente del hombre que hurgaba en la herida a través del hueco que habían hecho en la sábana que la cubría. Buscó a Leo, pero no estaba en la habitación. Se le escapó un quejido al sentir la dolorosa punzada.

—Lo lamento, la herida está infectada. ¿Quiere un poco más de anestesia?

Dante enarcó una ceja. Conociendo el miedo visceral que le causaban las agujas, podía adivinar la respuesta de ella.

—No —respondió Luciana al instante.

«¿Cómo se le ha ocurrido a Dante sacarme de mi casa?»

Ese fue el primer pensamiento coherente de Luciana. El maldito imbécil había actuado fuera de toda lógica. Al rechazar su propuesta, no había motivo alguno para que se tomara semejante atribución.

—¿Cuánto he dormido?

—Doce horas —respondió Dante.

El rostro contrariado de Luciana era un atisbo de lo que le esperaba. Sabía que, cuando el doctor se marchara, tendría que explicarse rápido y claro, o terminarían enredados en una discusión sin sentido.

Se fijó en los rizos rebeldes. Imaginó que los tenía apresados en el puño y, solo con eso, la respiración se le aceleró y la sangre le hirvió. Tampoco ayudaba mucho saber que ese cuerpazo estaba desnudo bajo la sábana.

Luciana había perdido peso, cosa que no restaba un ápice de atractivo a esas curvas que le hacían olvidar momento y lugar. Y aquella boca... No podía mirarle los labios sin evocar excitantes recuerdos del pasado. Apretó la mandíbula hasta que sintió rechinar los dientes.

«¡Maldita mujer!»

—Ya está —anunció el doctor, y le tendió las recetas a Luciana—. Tómese estos antibióticos y use esta crema para que no le quede marca.

El instinto de Dante se impuso. Extendió la mano para cogerlas, pero ella no se lo permitió. Ignoró la chispa de enojo en los ojos color ámbar y le hizo un gesto al doctor, quien cerró el maletín y salió.

Luciana era consciente de que solo el tanga negro impedía su completa desnudez. Como pudo, intentó disimular la turbación que le causaba la cercanía de Dante.

—¿Dónde está Leo?

—No voy a comerte, Lu. Solo quiero que hablemos.

Las palabras de Dante la estremecieron. No podía ocultarle nada a ese hombre. Desde que había entrado en su vida, se había dedicado a estudiar cada gesto y cada inflexión en su tono. Adivinaba intenciones y se adelantaba a pensamientos y deseos. Era excitante, hasta que lo utilizaba en su contra.

—Mi bata —exigió Luciana con sequedad—. Dámela y vete.

Dante hizo un gesto de fastidio y apartó la sábana de un tirón.

—No necesitas a Leo. Ya te ayudo yo a ponerte la bata.

Poco le faltó a Luciana para encogerse contra la cabecera de la cama.

—No sé si te doy miedo o es que a estas alturas te da vergüenza, pero ya te he dicho que no voy a comerte y te recuerdo que conozco hasta el último rincón de tu cuerpo —dijo él y le ofreció una mano—. Levántate, Lu.

Luciana se echó hacia atrás de forma instintiva.

—Sal de aquí. Ya me pongo yo sola la bata.

—No me des órdenes. Estás en mi casa.

—Eso lo sé muy bien, pero yo no he pedido venir.

—Basta, Luciana. Tienes que cubrirte antes de que Leo entre como un loco por esa puerta. No temas, no me interesa tu cuerpo.

«Sigue diciéndote eso, que a lo mejor te lo crees», se mofó su otro yo.

Luciana se levantó. Contuvo el “maldito imbécil” que le vino a la mente al advertir la sonrisa de satisfacción de Dante. La piel se le erizó al sentir un roce de dedos en los brazos.

—¿A quién le debes el dinero?

—No es tu problema.

—Lo es desde que decidiste entrar en mi oficina y contármelo —dijo él mientras le ponía la bata—. Le he dado mil vueltas a este asunto y algo no me cuadra. No te veo pidiendo un préstamo. Dime la verdad, Luciana.

—Crees que lo sabes todo sobre mí.

—Sé, con certeza, que no has pedido ese préstamo. ¿Fue cosa de Joao?

—Llévame a mi casa, por favor.

El estremecimiento de Luciana no le pasó desapercibido a Dante.

—Antes dime qué fue lo que pasó.

La mujer respiró profundo. La verdad dolía como una llaga al rojo vivo.

—Mi hermano trajo a casa unos documentos. Eran un aval para comprarse un apartamento. Había hecho el primer pago y yo estaba feliz por él. No leí todos los papeles. Entre ellos estaba oculto el aval para el préstamo y firmé sin leerlos todos.

—Típico de Joao. —Dante le cerró la bata y se alejó unos pasos—. Dime dónde encuentro a ese prestamista. Voy a pagar tu deuda.

—¿Con qué condiciones? Ya te he dicho que no vas a meterme en tu cama.

—¿Prefieres la de él?

—¡No quiero meterme en la cama de nadie!

El rostro de Dante se ensombreció. Se sentó en el sillón junto a la ventana.

—Podemos llegar a un arreglo que nos beneficie a ambos. No creo que tu hermano dé la cara. ¡Maldito yonqui!

Luciana se estremeció de dolor por las palabras de Dante. Sobreponiéndose a las ganas de llorar, se sentó en el borde de la cama.

—¿Cuándo has beneficiado a alguien en tu vida?

—Voy a fingir que no te he oído. Piensa bien la respuesta, porque no repetiré la oferta.

—No voy a acostarme contigo. No me cansaré de repetirlo.

—De todas formas, voy a pagar tu deuda. Vamos a calcular cuánto podemos descontar de tu salario. No quiero quitártelo todo.

—¿Es en serio? ¿Y los intereses?

—Solo tengo una condición: me los cobraré a mi manera.

—Ya me parecía que era demasiado altruismo.

—Serán solo citas, Luciana. Vendrás a comer y asistirás conmigo adonde y cuando me apetezca.

—No puedes tocarme. ¿Qué ganas con esto?

Dante eligió las palabras. Había mucho en juego y necesitaba que Luciana aceptase sus condiciones. Quería algo más que exhibirse con ella en cenas y eventos.

—Yo no voy a tocarte, pero eso no implica que no haya nada sexual en nuestros encuentros. Es demasiado dinero y no sería justo.

Luciana apartó la mirada. Nunca imaginó que la visita al despacho de Dante pudiera terminar con ella acorralada en su casa.

—Quiero sexo oral, quiero mirar mientras usas los juguetes de mi elección, quiero que vayamos al Goddes...

—No puedo aceptar —repuso ella—. No quiero estar cerca de ti, mucho menos lo que propones.

Dante disimuló el dolor que le causó ese comentario. Se molestó consigo mismo por haberle dado a Luciana la oportunidad de juzgar, por los actos de un único y nefasto día, los tres años que habían compartido.

—Insisto en que no voy a tocarte.

—¡Dije que no!

Dante se irguió al oír el gemido y ver que se llevaba la mano a la herida. Los impulsos del pasado lucharon por imponerse. El dolor de Luciana hacía brotar, desde el oscuro rincón en que lo había sepultado, el deseo de protegerla y mimarla.

—Escúchame, Lu. —La terquedad en los ojos almendrados y el gesto de rechazo hicieron que la atacara a fondo—. Voy a regalarte tres meses de descuento por cada visita al club, un mes por cada juguete, dos por cada mamada.

Luciana lo miró como para comérselo.

—¿Desde cuándo eres tan vulgar?

Dante contuvo una sonrisa. La mujer ante él era un hervidero de emociones. La mayoría negativas, y eran esas las que lo ayudarían a conseguir su objetivo.

—Piensa un poco, Luciana. Los descuentos no son nada despreciables. Con tu salario, estarás mucho tiempo en mis manos. Estoy seguro de que harás lo que sea con tal de reducir este acuerdo.

—Dime en qué me beneficia esto, porque no lo veo —dijo sarcástica, y endureció el tono—. No acepto.

—Entonces, vas a aceptar las condiciones del prestamista.

—Eso es problema mío.

—Pues sí, pero a mí me preocupa saber en las manos en que has caído.

—No sabes nada, y es mejor así.

Dante sonrió. La miró directamente a los ojos. Luciana olvidaba dos cosas muy importantes: que había estado en su apartamento y de lo que él era capaz. Por fortuna, ella no había cambiado la contraseña de su móvil.

—Te di la oportunidad de que me lo dijeras, pero sabes que no soy de los que esperan pacientemente por información tan crucial. —Sacó el móvil del bolsillo y le mostró una foto—. Este es el prestamista. Se llama Edgar Bazan. Menudo personaje con el que te ha enredado el bueno para nada de tu hermano.

Luciana bajó la cabeza. Se preguntó qué más sabía Dante Sartori. Dudó que estuviera enterado de la muerte de Joao, porque seguía mencionándolo como si estuviera vivo. Dolía que se refiriera a él de esa manera aunque fuera una verdad rotunda.

—No he debido buscarte. Debí aceptar las consecuencias de ser tan confiada.

—Sí, claro. Negociar con Edgar es la solución. Parece que tiene mejores términos que yo. —Dante leyó un mensaje en el móvil—. Ha dicho por todo Queens, y cito textualmente: “Voy a follármela hasta aburrirme”.

—Eso es lo que piensan todos —dijo Luciana. Se levantó con dificultad, se plantó frente al hombre y lo atravesó con la mirada—. Solo soy un cuerpo “diez” para cuanto maldito imbécil se cruza en mi camino.

Dante sabía que la belleza era un tema delicado para ella y, sin duda, él era uno de aquellos malditos imbéciles.

«¿Qué diez? —se dijo el hombre—. ¡Veinte, le daría yo a ese cuerpazo!»

Se obligó a cambiar el rumbo de sus pensamientos. No era bueno negociar con esas ideas en la cabeza.

—Acepta lo que te propongo, Lu. No voy a tocarlo. A menos que tú lo hagas primero, en situaciones que no tengan nada que ver con sexo.

—¿Tocarte dices? —rio Luciana con ironía—. ¡Ni en tus más locos sueños!

—Entonces, ¿a qué le temes? Di que sí o vete con Edgar.

Luciana se estremeció. No quería ni acercarse a ese cerdo. El recuerdo de sus manos sobre ella le revolvió el estómago. No era justo que sus opciones se limitaran a Edgar y al maldito imbécil que tenía delante. Lo miró de soslayo. Su pose en el sillón le despertó tantos recuerdos que tuvo que desviar la mirada.

Por difícil que fuera admitirlo, si Dante cumplía su palabra, y le constaba que siempre lo hacía, sería la opción menos descabellada. Solo tendría que proteger lo que le quedaba de corazón y mantener la distancia tanto como fuera posible.

—Acepto, pero no voy a vivir contigo.

—Concedido.

—Quiero una vida normal. Irme a mi casa, trabajar... —dijo recelosa.

—Me parece bien.

La mujer ladeó la cabeza y entornó los ojos.

—Estás muy generoso. Algo tramas.

Las consecuencias de ese trato la aterraban. Olía a peligro a kilómetros a la redonda. Las concesiones de Dante iban más allá de lo que jamás se habría atrevido a esperar.

—Ideas tuyas —dijo él, y contuvo una sonrisa de satisfacción—. Dices que no hago nada beneficioso, pues te propongo cambiar eso. Sé que ayudas a un refugio de animales en Queens.

—¿Cómo lo sabes?

La sorpresa de Luciana se mezcló con ira. A escasas horas del reencuentro, ya sabía de su vida y milagro. No debería sorprenderse: lidiaba con Dante Sartori. No sería él de otra manera.

Distraída con ese pensamiento, no se dio cuenta de que se le abría la bata y parte de sus pechos y muslos quedaban al descubierto.

El hombre disfrutó el momento. Los años de separación no habían borrado lo que sentía por ella.

—Vamos a hacer una cosa. Apadrinaré un perro en tu nombre cada vez que requiera tu presencia y, a cambio, obedecerás en todo lo que te pida.

—Todo lo que me pidas es muy ambiguo.

Luciana tragó saliva. Si tenía alguna duda, ese acto de bondad lo dejaba todo claro. Estaba poniendo el pie en una trampa. Lo peor era que podía presentírla, pero aún no la veía.

—Yo no voy a tocarte, Lu. Ya lo hemos hablado.

—No voy a tener sexo contigo, Dante Sartori —dijo ella, asustada por la fuerza con que había pronunciado el “yo”—, ni contigo ni con ningún otro imbécil, por si es eso lo que estás pensando.

Poco le faltó a Dante para saltar de felicidad. Luciana estaba justo donde la quería. Concentrada en el posible engaño, dejaba pasar los detalles que aparentemente no tenían importancia.

—Sería conveniente poner por escrito lo que acabas de decir —propuso él disimulando su alegría.

—Por supuesto.

—Entonces, agregaré al acuerdo las visitas al Goddes, el sexo oral, los juguetes, las cenas, los eventos... Esas son mis condiciones, y no olvidemos que si me tocas, fuera de una situación íntima, podré tocarte.

Luciana apretó los labios para contener la respuesta que le vino a la mente al escuchar la última parte. Tocarle sería lo último que se le ocurriría. Se lo restregaría en la cara con gusto, pero no debía echar leña al fuego. Por más que le doliera admitirlo, él era su mejor opción.

Volvió a la cama y apartó la manta. Se sentó contra la cabecera y se cubrió las piernas. Sabía que Dante observaba cada uno de sus movimientos. Buscó los ojos azules y sostuvo la mirada. Decidió tentar a la suerte al ver que bajaba la cabeza.

—Descontarás cuatro meses por cada visita al Goddes.

—Me parece justo; debes de tener malos recuerdos del club.

El sonido de la puerta al abrirse interrumpió la negociación.

—Hola, mi muñeca exótica —canturreó Leo, y entró en el dormitorio llevando un tazón sobre una bandeja.

Luciana sonrió. Esa era la forma en que él la llamaba desde el primer día. Miró a ambos hombres. Dante, en el sillón, devorándola con la mirada; Leo, junto a ella, alegrándole el día con su contagiosa sonrisa. Era un misterio cómo dos hombres físicamente idénticos le inspiraban sentimientos tan diferentes.

—El doctor ha dejado esto para ti —dijo Leo, y le mostró unas pastillas—. Dice que te ayudarán con el dolor, pero que tienes que descansar.

Luciana miró las pastillas y a Dante.

—No te preocupes —sonrió Leo—. Yo me encargo de sacarlo de aquí. Podrás dormir tranquila, pero no antes de comerte esta delicia que te he preparado.

Se sentó en la cama, sostuvo el cuenco y llenó la cuchara de sopa. Soplo para enfriarla y le guiño un ojo a Luciana, quien sonrió ante el tierno gesto del hombre.

Una mueca de disgusto afeó el rostro de Dante al contemplar la escena. Mientras los observaba, sus pensamientos volvieron a la época en que Luciana había entrado en la vida de ambos.

Su hermano la conoció primero. Por motivos que escapaban a su comprensión, se apartó y le dejó el camino libre hacia el corazón de Luciana. Se conformó con estar presente en cada faceta de su vida. Desde entonces, siempre habían tenido una relación muy cercana, casi confidencial. Ella no conocía los verdaderos sentimientos de Leo y este hacía malabares para ocultárselos.

Se recostó contra el sillón al ver cómo le apartaba el cabello del rostro mientras ella le reía las gracias. Una punzada en el pecho le recordó que lo pactado no era lo que esperaba; pero, al menos, la mantendría a su lado.

Había tardado demasiado en encontrarla de nuevo. No podía dejar que los sentimientos lo desviaran de sus verdaderas intenciones. ¿La deseaba?, por supuesto que sí. ¿La odiaba?, también, con un odio tan intenso como el deseo. Se aferraría a ese oscuro sentimiento para mostrarle al Dante en el que lo había convertido cuando desapareció sin dejar rastro.

Nunca había dado un paso sin planificarlo antes, pero el regreso de Luciana lo había tomado por sorpresa. Era consciente de las fallas del acuerdo, y en su cabeza ya se estaba armando el plan definitivo, porque tenía claro que esa tontería de no tocarla no iba a funcionar. La estrecha relación que tenía su hermano con ella iba a recordarle todos los días lo que no podía tener.

El gesto de dolor de Luciana, al cambiar de posición sobre la cama, lo hizo levantarse. Se acercó a ella, apartó la manta y la instó a acostarse.

—Descansa y piensa en todo lo que hemos hablado. Tendré el documento preparado cuando despiertes.

Leo apartó a su hermano y cubrió a Luciana con la manta. Se inclinó y le dejó un beso en la frente antes de ser, prácticamente, arrastrado por Dante fuera de la habitación.

Luciana respiró profundo. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas. Estar a merced de Edgar... ni siquiera podía pensarlo, pero caer en las garras de Dante era entrar en el mundo de un hombre del que quería verse tan lejos como fuera posible.

Era arriesgar su frágil estabilidad emocional, hurgar en heridas que ni siquiera el tiempo podía curar.

«Vivien va a poner el grito en el cielo cuando se entere de esto», pensó, y cerró los ojos.



Santorini, Grecia
En las aguas del Egeo
7 de enero, 2017

En la tranquilidad del yate, Pietro Salvatore fumaba un habano absorto en su hijo, quien se divertía junto a sus amigos con las motos acuáticas. Santorini le traía recuerdos dolorosos. La tragedia familiar acabó con la paz. Ni siquiera la alegría de Alessandro llenaba el vacío de su corazón.

Se convenció de que la ira que lo había consumido en los últimos dos años solo se calmaría cuando completase la venganza. Durante los primeros meses, tras los sucesos que conmocionaron su vida, lo atormentó la desesperación; pero el tiempo pasó y la paciencia se convirtió en su mejor arma: le hizo comprender que fallar la primera vez le había abierto nuevas posibilidades.

La idea para un castigo ejemplar surgió de las profundidades de su perturbada mente, del dolor sordo y perenne que se instaló en su pecho al perder cuanto amaba.

Dante Sartori aún vivía porque quería castigar a Luciana en primer lugar. Había esperado esos dos años con la certeza de que él la iba a encontrar. Entonces sería el final para ambos. Añoraba el día en que ese demonio de hombre sintiera lo que él sintió cuando encontró el cuerpo sin vida de Alexia.

—Ya llevo uno de tres, Dante Sartori. —sonrió, y levantó la copa—, por el momento.

Aplastó el puro en el cenicero y se incorporó. Después de indicar la hora de regreso al capitán y aprobar el menú para el almuerzo, bajó a su camarote.

Pensar en Luciana Alves hacía reaccionar hasta la última célula de su cuerpo. Recordar el espectacular trasero que memorizó, centímetro a centímetro, de las fotos que había recibido mientras planificaba la venganza, lo llenaba de morboso deseo.

Empujó la puerta, y la escena de Keira y Katia acariciándose los cuerpos desnudos y enredados sobre la manta le llenó los ojos.

Chasqueó los dedos; ellas se arrodillaron junto a la cama.

Al ver que se quitaba el cinturón, las muchachas gimieron y rehuyeron su mirada.

—¿Qué os tengo dicho acerca de jugar sin mí?

—Amo...

—¡Silencio! ¡Bocabajo sobre el borde del colchón!

El restallar del cinturón en su propia palma hizo sollozar a ambas muchachas. Era el anuncio del infierno que les esperaba.

Una palabra soez acompañó a un nuevo estallido del cuero que se amplificó de forma horrible en el pequeño camarote. Pietro jadeó ante la delicada piel que se teñía de rojo y murmuró una letanía acerca del exuberante trasero de Luciana Alves.

Sonaba con marcar aquella piel aceitunada que le alteraba la respiración siempre que la imaginaba en sus manos. Podía anticipar lo que sería follarse ese culo hasta el fondo. Dejó caer el cinto, se bajó el pantalón y penetró a Keira con una sola embestida.

El grito de la muchacha resonó en el camarote. Después, solo hubo sollozos como respuesta a las acometidas que el amo le propinaba sin miramientos.

Pietro rugió, cogió a Katia por la trenza y la atrajo bruscamente hacia sí. La sentó sobre la muchacha que apretaba la manta con los puños conteniendo los gritos. Ella sabía que cuanto más gritara, más despiadado sería su agresor.

Arremetiendo a Keira como un animal desquiciado, le mordió los pezones con tanta fuerza a Katia que sus dientes le marcaron la piel. Como si fueran tenazas, sus dedos le pellizcaron las ya lastimadas nalgas. El llanto de la muchacha sobrepasó los quejidos de la otra.

Molesto, la abofeteó y la empujó lejos de él, a la cama, donde quedó encogida, temblando, sin atreverse a mirarlo a los ojos.

Pietro agarró a Keira por las caderas, se la apuntó en el culo y empujó con fuerza. Ignoró su propio dolor con tal de vencer con un solo golpe toda resistencia. Desoyó el desgarrador alarido de la muchacha y se movió con frenesí.

Soltó una carcajada insana al imaginar que se estaba follando el de Luciana Alves mientras Dante miraba. Tras unos minutos, que a la muchacha le parecieron eternos, se retiró de ella profiriendo palabrotas. Le azotó las nalgas mientras se corría sobre la espalda perlada de sudor. Se alejó y observó su obra.

Había asco, furia e incluso odio en su mirada. Las acciones de Dante Sartori lo habían arrastrado a ese mundo. Lo peor había sido comprobar que le gustaba.

Lo llenaba de una sensación de poder que le hacía olvidar el motivo que lo había llevado a meterse de lleno en él; y no sentía la menor vergüenza por ello.

—Límpiame —pidió a Katia—. ¡Con la lengua! —exigió al ver que cogía las toallitas húmedas que había sobre la mesita.

Observó cómo la muchacha le obedecía. Cuando estuvo satisfecho, la apartó y se puso el pantalón.

—¡Baños! —ordenó con desprecio desde la puerta—. Dais asco.

Más calmado, decidió volver a cubierta, donde se tumbó en uno de los acolchados muebles y se abrazó al cojín más cercano. Aceptó el *whisky* que, con una inclinación de cabeza, le ofreció su asistente. Bebió sin perder de vista a los chicos.

Al cabo de unos minutos, el ayudante volvió a acercarse y le entregó un teléfono.

—¡No te dejé bien claro que no quería que se me molestara, pedazo de idiota!

—La mujer al teléfono insiste, señor. Dice que querrá usted oír lo que tiene que decirle.

Pietro frunció el ceño y le arrebató el aparato de la mano. Se levantó lenta y gradualmente a medida que escuchaba.

—No la pierdas de vista —dijo a la persona al teléfono—. Tu misión es observar e informar hasta que yo diga lo contrario.

Sintiendo su corazón bombear descontrolado, colgó y marcó otro número.

—*Buona sera*, Vito —dijo al recibir respuesta—. Nos vemos el viernes. Ha llegado la hora de pasarle factura a Dante Sartori.

Devolvió el teléfono con una sonrisa de satisfacción en los labios. Si había aguantado todo ese tiempo, no iba a darse prisa. Se tomaría las cosas con calma y crearía un plan infalible.

Al sobrevivir Dante al accidente, creyó que todo estaba en su contra; pero, con la cabeza fría, entendió que una nueva oportunidad se le ofrecía, una que terminaría de doblegar al hombre que le debía la vida de su hija.

Se quitó la camisa y, con ella en la mano, le hizo una señal a su hijo para que se acercara. Estaba listo para relajarse y disfrutar de Alessandro, y también para intimar con el recuerdo de su dulce Alexia, ese que tanto le hacía sangrar el corazón.

Capítulo 3

Upper West Side, Manhattan, New York
Apartamento de Dante
8 de enero, 2017

Lo primero que vio al abrir los ojos fue su bolso sobre el sillón y la chaqueta en el respaldo. La incomodidad se adueñó de ella al imaginar a Dante rebuscando entre sus cosas. Se levantó y miró la hora en su móvil, que alguien había puesto sobre la mesita.

Resopló al ver que eran las seis de la mañana. Le pareció increíble haber dormido tanto sin que las pesadillas le interrumpieran el sueño. Se acercó al ventanal y apartó la cortina. Las aguas de la bahía brillaban con las primeras luces del amanecer.

Se acercó al sillón y buscó en el bolso una goma para el cabello. Se hizo un moño y se metió en el baño. La bañera invitaba a relajarse, pero necesitaba irse de allí lo antes posible. Seguro que conseguía respirar mejor cuando se alejara de Dante.

Una ducha rápida la hizo sentir más calmada, casi lista para el inevitable encuentro. Se vistió y se miró en el enorme espejo. El traje que Dante le había traído, de su pequeño guardarropa, no combinaba para nada con la rebelde melena. Después de varios intentos fallidos para recogerse el cabello, lo dejó suelto sobre la espalda.

El vestidor era más grande que la sala de estar de su apartamento, pero minúsculo, comparado con el que Dante tenía en la mansión de Madison Avenue. Se preguntó si aún la conservaba, porque el motivo de que no viviera allí estaba muy claro para ella.

Se acercó a la hilera de trajes colgados uno junto a otro. Deslizó la mano sobre el tejido de la solapa de una magnífica chaqueta gris oscuro. La etiqueta Armani le trajo recuerdos de los días en que, tomados de la mano, se exhibían en los lugares más selectos de Nueva York.

Se acercó al mueble de la pared del fondo. Abrió uno de los cajones y se fijó en la colección de relojes que destacaban contra el terciopelo azul del fondo. Sacó el Breguet del soporte. Era el que prefería de entre los que él usaba para trabajar.

Asociaba ese reloj a la imagen del Dante, mitad fiera y mitad dulce, que llegaba a casa y la buscaba para arrastrarla a su habitación y hacerle el amor.

Volvía a verlo con la camisa abierta y el pantalón a medio quitar. Recordaba ese reloj en la mano que recorría su cuerpo, la que luchaba contra la ropa que se interponía entre ambos y rompía la sensual lencería a su paso. Terminaban jadeantes, sudorosos y a medio vestir.

Era posesivo, apasionado, territorial..., tantos adjetivos que prefería ni pensar. Unas veces, protector; otras, depredador, y la mayoría de ellas, desesperante hasta la médula.

Era normal que se gastara una fortuna en sugerentes vestidos para ella, y que cuando asistían a cenas o eventos se pasara la velada ahuyentando a los moscones que la acosaban. Un estremecimiento la recorrió al recordar cuánto le excitaba la forma que tenía Dante de mirar al pobre infeliz que se le acercaba.

Gimió al notar cómo reaccionaba su cuerpo ante esos recuerdos. Renuente a continuar con ese peligroso hilo de pensamientos, cogió el bolso del sillón. Sacó los documentos, las pastillas para dormir y cuanta chuchería guardaba en él. Encontró las llaves, echó un último vistazo y salió de la habitación.

Todo era nuevo para ella. La decoración era minimalista y masculina, también impersonal. La frialdad del apartamento la sobrecogió. Recorrió las habitaciones cercanas, y no encontró ni una sola foto. No supo qué pensar. Él era lógico, práctico e incapaz de demostrar sus sentimientos. Aun así, ese ambiente le encogió el corazón.

El Dante Sartori al que intentaba olvidar era puro calor, un fuego que la había abrasado con la llama de la pasión. Esperó su amor mientras saciaba el deseo, pero el tiempo pasó, y nada cambió. Cuando vio que bajaba la guardia y abría el corazón, tuvo la esperanza de que obtendría de él algo más que sexo. La vida no estuvo de acuerdo.

—Buenos días, Lu.

Dio un respingo y se giró hacia la voz. Lo encontró detrás de la barra. Toda ella se crispó al ver que preparaba el desayuno con el traje cubierto por el delantal. Esa escena... Los recuerdos sepultados continuaban brotando.

—Tienes el acuerdo sobre la mesa —dijo él, y señaló una pieza de cristal y metal situada cerca del ventanal—. Revisalo y firma mientras termino de prepararte el desayuno.

—¿Adónde vas? ¿Ahora trabajas los domingos?

Dante sonrió y le respondió sin quitar la vista de la sartén:

—Tengo una cita importante. Unos minutos más, y no me habrías encontrado.

Ella le dio la espalda. Se obligó a no hacer conjeturas. Ya nada los unía. Pensar en esa cita, y en el posible acompañante, eran neuronas gastadas en vano. Apartó el portátil e intentó concentrarse en los papeles que había sobre la mesa.

Ver a Dante preparar el desayuno le había embotado los sentidos y afectado hasta el último rincón de la mente. Necesitaba detener los entrañables recuerdos que evocaba ese delantal sobre el impecable traje. Fue incapaz de comprobar a fondo los documentos. Con mano temblorosa, cogió la pluma y firmó.

Desde la barra, el hombre la observaba. Una sonrisa se dibujó en su rostro al ver que firmaba sin decir palabra. La estrategia había sido bien planificada y, además, Luciana se lo había puesto fácil. Era una mujer que se dejaba dominar por las emociones, y Dante no lamentó sacar ventaja de ello.

Cuando ya no le quedaban esperanzas con respecto a Luciana, la vida se la servía en bandeja de plata. Había entrado en su despacho con una sentencia sobre la cabeza y firmaba el acuerdo sin percatarse de las trampas escondidas entre líneas. Vengarse de su desprecio sería mucho más placentero de lo que había imaginado.

Después de dos años negando la fe que Antonella había inculcado en él, sintió ganas de arrodillarse y dar gracias al cielo. Que Luciana hubiera salido de su escondite era motivo suficiente.

Dispuso el desayuno sobre una bandeja y se lo llevó a la mujer. Tragó saliva al imaginar que se enroscaba ese cabello largo en la mano y que ese trasero se restregaba contra su erección.

Lo mejor era obligarse a firmar que no pondría las manos sobre ella. De hacerlo, solo Dios sabía lo que podía pasar. Lo mismo podía lastimarla que enredarse en su cuerpo y recordarle lo que le hacía sentir el hombre al que había abandonado cuando más la necesitaba.

Al verla bañada por la luz del amanecer, comprendió que el deseo que sentía era tan grande como el amor que ella había despertado, cinco años atrás, en su vida vacía.

Si se dejaba llevar por el deseo, fallarían sus planes de venganza, y no iba a cometer esa torpeza. Si dejaba el mando al amor..., ¡ni pensarlo!, no se doblegaría dos veces ante la única mujer que le había dado sentido a su vida para rechazarlo después.

Decididamente, la ira que le había causado el abandono tendría que guiarlo.

Dejaría que la antigua herida que volvía a sangrar dictara sus actos en ese acuerdo.

—Has tomado la decisión correcta —dijo él mirando la firma al final de la página.

Luciana señaló el documento.

—Te lo he firmado, pero quiero que me asegures bajo palabra que si no cumples los términos, cancelarás la deuda y no me buscarás nunca más.

—De acuerdo, tienes mi palabra; pero te recuerdo que si los incumples tú, te tendré cada vez que faltes a lo acordado. Has leído esa cláusula, ¿no?

Luciana asintió y bajó la vista. Se le dilataron las pupilas al fijarse en el contenido de la bandeja: café con leche, pan de queso y batido de *açaí*². Ese desayuno le hacía revivir algo especial.

Dante Sartori jugaba con ella al gato y al ratón. La sensación de sentirse en sus garras le aceleraba el pulso. Era hora de marcharse. Estaba corriendo un riesgo innecesario. Levantó la vista y se encontró con una mirada inquisitiva.

—No tengo hambre. Cumpliré lo pactado, pero ya veremos si puedes resistirte a hacer tu voluntad. —Le tendió el documento firmado—. Casi deseo que vuelvas a forzarme. Hazlo, Dante Sartori, y me veré libre de ti antes de que te des cuenta.

El hombre apretó los puños. Sin importar que Luciana lo hubiera llevado a cruzar los límites y convertirse en su peor versión, no iba a tener vida suficiente para arrepentirse de las atrocidades que cometió contra ella aquel fatídico día.

La mujer se levantó, cogió el bolso y se dirigió hacia la puerta.

Dante la dejó marchar. Quedaba claro que no quería saber nada de él. De momento, era mejor no agobiarla.

Abrió el portátil. Las imágenes de las cámaras de vigilancia llenaron la pantalla. Luciana estaba clavada frente a las puertas abiertas del ascensor. Movía los hombros como si le costara respirar y retorció el asa del bolso. Tuvo que esperar unos minutos para verla entrar.

Buscó la cámara con mejor ángulo. El leve destello de una lágrima atrajo su atención. Vio que se cubría el rostro con las manos y resbalaba contra la pared metálica hasta el suelo del ascensor.

—¿Pero qué diablos, Lu? —Se levantó de golpe—. ¿Tan aborrecible soy para ti?

Capítulo 4

Chelsea, New York
Club Goddess
21 de enero, 2017

Los afortunados que habían recibido la invitación al Goddess, el club más selecto de la ciudad, degustaban bebidas alrededor de las mesas interactivas. Con una sonrisa de anticipada satisfacción, elegían a las diosas con las que iban a hacer realidad sus más locas fantasías.

Después de la experiencia vivida con Luciana, Dante decidió que visitar el club era el mejor remedio para sus preocupaciones y, también, la oportunidad para negociar una de las sorpresas ocultas en el acuerdo.

Lo inquietaba el comportamiento de Luciana. Cuando vio que se desmoronaba en el ascensor, olvidó la ira y exigió respuestas a su investigador. Lo que mostraron las cámaras no auguraba nada bueno. Después de analizar durante horas las grabaciones, comprendió que había mucho más que aborrecimiento por él y por el acuerdo firmado.

El deseo de protegerla de todo lo que la perturbaba se impuso, pero la quería en sus brazos y en su cama, y solo había una forma de lograrlo: hacer que se negara a cumplir lo acordado. Ximena era la solución.

A través del vidrio que separaba el salón principal del espacio para fumadores, observó a Leo. Dedicaba tiempo a sus diosas favoritas mientras se mezclaba con los invitados de esa noche. Degustó el *whisky* pensando en las hijas, hermanas y amigas de sus socios de negocios; pobres ilusas que pretendían cazarlo hasta que aprendían que el corazón de su hermano pertenecía a Luciana.

No podía molestarse con Leo. Bajo su aspecto alocado y superficial, se escondía un alma vieja que se regía por códigos inviolables. Además, ¿cómo exigirle que no la amara si ni siquiera él, a pesar de lo vivido, era capaz de resistirse a ella?

Daba por cierto que Luciana estaba segura cerca de él.

Sabía que se cortaría una mano antes de mostrarle un afecto más allá de su condición de amigo.

Ver a su hermano reír con las diosas lo trasladaba a tiempos mejores, a los días en que el patio de la villa de los Sartori, en Módica, era testigo de un Dante feliz y una Luciana cómplice de sus locuras.

Aquella etapa estuvo llena de risas, de conversaciones amenas en familia y, también, de las insistentes súplicas con las que Leo agobiaba a Luciana para que trajera a una de sus primas de Brasil. Estaba obsesionado con las curvas, la piel aceitunada y el cabello rizado.

Sonrió cuando su hermano se dirigió hacia el ascensor con Marla y Gigi colgadas del brazo. Ese era otro vicio del alocado: una no le bastaba. La frustración que le causaban los deseos imposibles, la curaba el Goddes con su colección de diosas.

Se apoyó en el vidrio y lo siguió con la mirada. Leo necesitaba una Luciana.

«Cuando el amor y el deseo convergen en un cuerpo escultural que sigue las normas de un alma dulce, extinta en estos tiempos, no necesitas nada más —pensó—. Hasta que te abandona, claro»

—¿Qué molesta a mi ángel guardián? —quiso saber la diosa suprema al verle el ceño fruncido.

—Hola, mi diosa —saludó él, y la besó en la mejilla—. Estás tan bella. Me cortas el aliento.

Esperó a que se sentara junto a la barra y lo hizo él también. Mientras, el barman dejó el Hada verde frente a ella.

—Pensaba en Leo —mintió Dante—. Lo he visto subir con Marla y Gigi.

—¿Cómo podéis ser idénticos y tan diferentes? Es un misterio para mí.

—No somos tan diferentes.

—Sois dos gotas de agua: una de mar y otra de río, pero prefiero no comenzar un debate. Tengo una sorpresa para él. Si todo sale bien, será mi regalo de cumpleaños.

—A ver si es lo que me imagino y se le quitan las ganas —rio Dante—. No quiero tener que partirle la crisma a mi propio hermano.

La risa de ambos atrajo la mirada del barman. El hombre apartó la vista cuando la diosa suprema lo miró con una ceja enarcada. La dueña del club hizo un gesto de indiferencia y se dirigió a Dante:

—A lo nuestro. ¿Qué era tan importante que no podía esperar?

—Necesito un servicio especial. Quiero que tengas sexo con una mujer, y quiero mirar.

La diosa suprema sonrió. Ese era un pedido para Ximena. Después de los últimos encontronazos entre ambas, tal vez pudiera ofrecerle ese trato como ofrenda de paz. Antes de tomar una decisión, tenía que saber más sobre el asunto.

—¿Por qué me pides eso? ¿Quién es ella?

—Alguien que presiento que va a negarse, y esa será mi oportunidad para tenerla.

Con una discreta señal de cabeza, la mujer llamó la atención del barman y se llevó dos dedos a los labios; el hombre se apresuró a dejar junto a ella la cajetilla de cigarrillos y el encendedor. Ella cogió uno, lo encendió con calma y exhaló el humo en dirección a Dante. Era un actuar típico de la diosa suprema cuando le molestaban las palabras de su interlocutor.

Dante era consciente de lo delicado de su petición. La diosa era conocida por su fiera protección a las mujeres, estuvieran bajo su mando o no. Creía estar preparado para soportar su reacción al saber de quién se trataba. De ser necesario, se arrodillaría con tal de convencerla.

—Por tus palabras, deduzco que ese alguien nunca ha tenido sexo con una mujer.

—Deduces bien —asintió él, y apoyó un codo en la barra.

—¿Entrarás en algún momento?

—Cuando ella te rechace. La quiero solo para mí.

La diosa suprema asintió lentamente. Sacudió la ceniza del cigarrillo y suspiró decidida.

—Si se echa para atrás, pagarás la tarifa habitual. Si llora, y aun así me acepta, pagarás el doble.

—Hecho —aceptó Dante, preparado para lo que se le venía encima.

—Sabes que por ti haría lo que fuera, pero este asunto no me huele nada bien. Dime su nombre.

—Luciana.

—¿Luciana? ¡Tú estás loco!

Dante ignoró el exabrupto. Tomó un sorbo y dejó el vaso sobre la barra.

—Fue ella la que vino a mí. Yo no tuve nada que ver con su decisión de volver.

Durante unos instantes, la diosa suprema dejó la vista perdida. Tras ellos, le dedicó una sonrisa de preocupación.

—No creo que estés listo para ese encontronazo. —Le puso una mano en la rodilla—. No veo avances en ti. Sigues anclado en...

—Nada de lo que digas me hará cambiar de opinión, mi diosa. La deseo a rabiar —cogió el vaso, apuró el contenido y lo volvió a dejar sobre la barra casi con violencia— y esta es mi oportunidad para tenerla y castigarla como se merece.

—¿Has dicho castigarla? —Hizo ademán de levantarse—. ¡Olvídalo!

Dante la cogió por el codo.

—Tú, entre todas las personas, sabes lo que ha sido mi vida durante estos dos últimos años. Tengo todo el derecho del mundo...

Ella le puso un dedo sobre los labios y le impidió continuar. Respiró profundo y le acarició el rostro.

—Te equivocas, Dante, no es cuestión de derechos. En la práctica no es como te imaginas. Además, ese modo de pensar no es sano.

—No me importa —aseguró él, y le quitó el cigarrillo de la mano—. Luciana es mía ahora y voy a hacer con ella lo que me dé la gana. Y no me des lecciones, que tú no eres la más indicada.

Aplastó el cigarrillo en el cenicero como para hacerle entender a la mujer que no lograría sacarle la idea de la cabeza.

—Si te pones en ese plan, acepto. Tú pagas y yo te complazco, pero las consecuencias de esa locura son todas tuyas, *amore mio*.

Temió por él. Dante no se daba cuenta de que jugaba al más peligroso de los juegos. Tenía que hacerle entender que podía pasar de verdugo a víctima en un instante. Pensó que Luciana lo pondría en tal estado que sería mejor prepararse para cuando perdiera los estribos.

—¿Cuánto va a durar tu juego? —quiso saber la mujer.

—Depende.

—¿De qué?

—De lo que tarde en cansarme de humillarla.

Las pupilas de la diosa se dilataron y se clavaron en los ojos del hombre.

—Tus sesiones en el Goddes están suspendidas hasta que dejes de hacer el idiota.

Dante se levantó de golpe.

—¡No puedes hacerme eso!

—Yo creo que sí. Haz con tu vida lo que quieras, pero aquí eres un cliente. Yo decido cómo tratarte.

—No te entiendo. Sabes lo importante que es para mí.

—Me pides que te ayude a humillar a una mujer, y no voy a hacerlo sin quitarte algo. Se llama equilibrio.

Dante apretó los labios. No imaginó que ella le pondría un precio tan alto a su pedido.

—Exageras.

—Mi club, mis reglas. ¡Ahora, lárgate de aquí! Acabas de arruinarme la noche con tus estúpidas ideas de venganza.

Dante decidió no presionarla. Corría el riesgo de perder la ventaja que tenía sobre Luciana.

—Como quieras, mi diosa —aceptó él. Dejó el vaso sobre la barra e hizo ademán de levantarse.

La mujer lo retuvo por la manga de la chaqueta.

—Espera. —Sonrió conciliadora—. Llegado el momento, llámame. Además de pagarme, tendrás que hacerme un favor.

Dante le ofrecía una oportunidad que no podía desaprovechar. Ximena saldría beneficiada con ese favor y ella mataría dos pájaros de un tiro. ¿Quién podría culparla por desear a un pedazo de hombre como Dante? Sobre todo, si en el proceso lograba la atención de Dominick, el chico malo y sufrido con el que fantaseaba. A riesgo de provocar la furia del tío Santino y el rechazo de Dom, tentaría a la suerte.

—Soy todo oídos —se interesó él.

La diosa suprema enarcó una ceja al notar el tono burlón de Dante, pero lo dejó pasar.

—Quiero darle una lección a alguien. Quiero que observe mientras me follas.

El hombre tragó saliva.

—Me sorprendes. Nunca te he visto tan interesada por nadie como para llegar a esos extremos.

—No te preocupes por ese detalle y di que sí.

—Nunca hemos follado, mi diosa.

—¿Temes no estar a la altura?

—Me encanta que me provoques —sonrió Dante, y le besó la mano—. Mentiría si dijera que tenerte no se me ha pasado por la cabeza. Di cuándo y montaremos un espectáculo que ese alguien jamás olvidará.

Capítulo 5

Upper West Side, Manhattan, New York
Sede de Sartori's Enterprise
23 de enero, 2017

Leo se apresuró a salir del ascensor. Dante lo esperaba en el coche y la paciencia no era el fuerte de su hermano. Le dedicó una encantadora sonrisa a la recepcionista y salió del edificio.

Dirigió sus pasos al Aston Martin Rapide de Dante, que estaba aparcado junto a la entrada. La primera sorpresa fue descubrir que su hermano estaba al volante; la siguiente, los acompañantes. La presencia de Bruno y Fabio significaba que no iban a una reunión de negocios.

—¿Qué sucede?

—Voy a pagar la deuda de Luciana. Si quieres, puedes quedarte.

—¿Y perderme la diversión? ¡Ni loco!

Los hombres de Dante sonrieron. Bruno le entregó dos pistolas a Leo y, adoptando la expresión adusta de siempre, comprobó la suya.

—No sé lo que vamos a encontrar —dijo Dante, y miró a su hermano por el espejo retrovisor—. Mientras menos alboroto, mejor. ¿Entendido?

—Entendido —respondieron el resto de los hombres al unísono.

El coche avanzó desde Lower Manhattan hasta llegar al puente de Brooklyn. Se internó en el famoso barrio. Tras cuarenta y cinco minutos de recorrido, llegaron a Brownsville.

Leo fue el primero en salir. Enarcó una ceja y miró a Dante.

—Luego dicen que yo soy el loco de la *famiglia*³.

Por muy honorables que fueran las intenciones de Dante al pagar la deuda, nunca se sabía que podía salir mal con un usurero involucrado en negocios de drogas. No era un buen lugar para buscar pelea. El barrio en el que se encontraban estaba catalogado como el tercero más peligroso de New York.

—Lo tengo todo controlado —dijo Dante mientras analizaba el lugar—. Te he dicho en serio que podías quedarte. Tus quejas no ayudan.

—No, si no me estoy quejando —sonrió Leo, y se apoyó en el capó del coche—. Lo que no veo claro es cómo va a funcionar tu plan de poco alboroto.

Dante lo ignoró. Se giró a sus hombres y les dio instrucciones. Sacó un maletín del maletero y se acercó a su hermano. Le pasó un brazo sobre los hombros y caminó con él hasta el letrero que anunciaba una barbería. Su objetivo era la cafetería que había junto a ella.

Se adelantó, empujó la puerta y entró. No había ningún cliente. Tampoco esperaba encontrarlos. Ese negocio era una tapadera.

El individuo sentado junto a la barra dejó las cartas con las que jugaba y se acercó.

—Estamos cerrados por reparaciones. Márchese.

—Busco a Edgar Bazan. Me envía Joao Alves.

El hombre abrió la boca, pero se lo pensó mejor y se perdió tras la puerta al final del local.

Dante echó un vistazo alrededor. La decoración no era la prioridad del dueño. Las ventanas estaban cubiertas por cortinas de plástico, un olor penetrante entre moho, alcohol y ambientador barato golpeó su sentido del olfato.

Lo único que destacaba en aquella madriguera era el mobiliario *vintage*⁴. El tiempo parecía detenido en ese lugar. Supuso que así debió lucir en los ochenta.

Leo pasó junto a Dante y se recostó a una de las paredes divisorias. Quedó oculto por una oportuna columna. Desde su posición, dominaba casi todo el local.

Dante le hizo un gesto de calma con la mano y se sentó en una de las banquetas de metal. Admiró la base de madera lacada en negro y puso el maletín sobre la barra. Le preocupó el hecho de que hubiera un solo vigilante. El tal Edgar era muy confiado o se creía tan peligroso que pensaba que nadie se atrevería a molestarlo en su territorio. El ego era un arma en contra en su mundo, había llegado la hora de que aprendiera esa lección.

El hombre que lo había recibido regresó con dos más. Dante no se levantó de la banqueta. Se limitó a girarla y quedar de frente a los recién llegados. Deseó con toda su alma que el tal Edgar le diera un motivo para partirle la cara. La manera en que Luciana se estremecía cuando se mencionaba su nombre era la prueba de que la había manoseado. De solo pensarlo se le iba toda la sangre del cuerpo para la cabeza.

—Soy Edgar, y usted es...

—Dante.

Edgar se metió tras la barra y cogió una botella y dos vasos. Sirvió ambos y le acercó uno a Dante. Los dos hombres que acompañaban al usurero se quedaron a distancia segura. Fingían conversar mientras miraban de reojo en dirección a su jefe.

—Me han dicho que lo envió Joao. No me gustan los abogados y tengo los documentos que prueban que me debe dinero.

—No soy abogado. Vengo a pagar su deuda.

El hombre se quedó con el vaso a medio camino de la boca. Lo dejó sobre la barra y movió la cabeza en negativa.

—¿Por qué no vino él? Ese muchacho tiene suerte; va de un problema a otro y, al final, se libra de todos.

«No de todos. Cuando lo encuentre nadie lo va a salvar de la paliza que merece», pensó Dante.

—Cien mil —dijo abriendo el maletín. Sacó el aval que Luciana le había entregado y lo deslizó sobre la barra—. Quiero que escriba que recibió el dinero y firme.

—No tengo bolígrafo aquí —dijo Edgar, y tanteó el arma bajo la barra. Ese hombre calmado lo alteraba. Había algo en él que no combinaba con su expresión indescifrable—. Voy por uno a mi oficina.

—No será necesario —dijo Dante, y sacó el que llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta.

Edgar sonrió. Lo cogió y escribió la palabra “pagado” con letras grandes y firmó.

—Con esto terminan nuestros asuntos. Dígale a Joao que aquí estamos para lo que necesite.

Dante se levantó. Los hombres permanecían alertas, pero relajados. Edgar no parecía querer problemas. Por seguridad, le hizo un gesto disimulado a Leo para que aún no abandonara su puesto. Se giró y dio un paso. Se detuvo al oír la voz a su espalda.

—También dígale que lo único que no le perdono es que me privó del placer de cobrarle a su herma...

No pudo terminar la palabra. Cuando quiso reaccionar, ya Dante lo había agarrado por la camisa. Fue arrastrado por sobre la barra y cayó estrepitosamente al suelo.

Leo salió de su escondite. Las pistolas en sus manos apuntaban a la cabeza de los hombres del usurero.

—Tranquilos, chicos. Esto no es asunto nuestro.

Edgar se levantó enfurecido. Intentó golpear a Dante y recibió un puñetazo en la cara que lo tiró de espaldas. Volvió a levantarse. Ser vapuleado frente a sus hombres, lo irritaba. Atacó otra vez.

Recibió dos golpes más en la cara. Un tercero lo hizo salir disparado contra la barra. Intentó sostenerse y maldijo al sentir la aguda punzada de dolor en el brazo izquierdo. Se arrastró por el suelo hasta quedar sentado con la cabeza apoyada en la base de una de las banquetas.

—No vas a salir vivo de este barrio —espetó Edgar, y escupió sangre.

—¿Tienes idea de cuántas veces he oído eso en mi vida? —Dante se arregló la chaqueta y se limpió las manos con el pañuelo como si estuvieran contaminadas—. Soy un hombre de honor. Vine a pagar la deuda. Coge tu dinero y olvida lo que pasó aquí.

—¿Crees que voy a dejarlo pasar?

Ignoró su amenaza. Ese delincuente de poca monta no representaba peligro alguno. Se había asegurado de investigar todos los posibles escenarios y había descubierto que cualquier resultado estaba a su favor.

—Voy a dejar dos cosas claras: Luciana Alves es intocable, y tú no eres más que un simple peón en esta ciudad. Si quieres vivir y mantener tus negocios turbios, pídele perdón a esa mujer y olvida lo que pasó aquí.

—Tienes que estar loco para venir y amenazarme.

—Y tú tienes tres días para hacer lo que ordeno.

La puerta se abrió. Los hombres de Dante entraron encañonando a otros dos.

—Estos venían a unirse a la fiesta —dijo Fabio.

Leo, con un movimiento de la pistola, indicó a los que mantenía bajo vigilancia que se acercaran.

—Al suelo. Lo mismo para ustedes —dijo a los rezagados.

Bruno y Fabio ataron las manos de los hombres a la base metálica de las banquetas con las bridas que traían en los bolsillos. Les quitaron los móviles y, a dos de ellos, las llaves de los coches.

—Esto no va a quedarse así —amenazó Edgar—. Te encontraré.

—Voy a ponértelo fácil —dijo Dante, y le tiró una de sus tarjetas de presentación—, pero antes de buscarme, dile a tu jefe que la *famiglia* Sartori le envía saludos.

Edgar abrió la boca y volvió a cerrarla. No podía ser él quien comprometiera la frágil paz entre los italianos y los judíos.

«¿De qué manera estaba relacionado Joao con un miembro de esa mafia? ¿Acaso la hermana...?»

El ruidoso sonido de la garganta, al tragar saliva, detuvo sus pensamientos. En ese momento, la reacción de Dante tuvo sentido. Sabía que meterse con la mujer de uno de ellos era un suicidio. Tenía tres días para pedirle perdón o no la contaba.

Dante hizo una señal para que sus hombres salieran. Se dirigió hacia la puerta y esperó a que su hermano llegara junto a él.

—*Ci vediamo, signori. Sii intelligente e vivrai per molti anni* —dijo Leo, y cerró tras de sí.

Capítulo 6

Brooklyn, New York
Consultorio de Vivien (terapeuta de Luciana)
26 de enero, 2017

Vivien, con un movimiento inconsciente y constante, golpeaba el cuaderno con la pluma. Desde que Luciana la había llamado para confirmar la cita, sabía que había surgido algo nuevo.

Que estuviera perdida en sus pensamientos, la preocupaba. Hacía más de diez minutos que estaba apoyada en el ventanal con la mirada perdida en el horizonte. La reciente tragedia de Joao, con las secuelas físicas y mentales que había representado para ella, le hacía temer las palabras que pudieran salir de su boca.

«Es muy sencillo saber que has entrado en el mundo de Dante Sartori —pensaba Luciana—. Si los maleantes que tienes que sortear al llegar a casa, se apartan y no te sueltan sus típicas groserías, quiere decir que el maldito imbécil ha intervenido. Edgar pidiendo perdón con el rostro amoratado y un brazo en cabestrillo, también es obra suya».

La sacó de la abstracción el rítmico repiqueteo de la pluma. Vivien le iba a soltar un sermón cuando le contara el tremendo problema en el que se había metido, pero necesitaba su ayuda.

No debería haber tardado tanto en ir a ver a la terapeuta. Había perdido un tiempo precioso que tendría que haber aprovechado para prepararse, porque Dante se mantenía apartado, ni siquiera la llamaba; pero sucedería en cualquier momento.

—Vamos, comienza a hablar. Me pagas por escuchar y me estoy muriendo de hambre.

—Ambas sabemos qué hace mucho tiempo que dejaste de cobrarme. Eso me avergüenza.

—Eres mi caso *pro-bono*, mi carta de entrada al paraíso —sonrió Vivien—. Eres más que una paciente y lo sabes, pero no te perdono que sigas retrasando el momento de la cena.

Luciana rio. Vivien siempre se las arreglaba para sacarle una sonrisa.

—¿Qué te tiene tan preocupada? —se interesó la terapeuta.

—Dante.

La pluma se escapó de las manos de Vivien.

—¿Dante? ¿Tu Dante?

Luciana asintió.

—¿Qué ha hecho?

—Nada. He sido yo quien ha ido a buscarlo.

—¿Por qué has hecho eso? ¡Era lo último que tenías que hacer!

—No tenía opción, Vivien.

—Siempre hay opción —dijo la mujer, y recogió la pluma de la alfombra.

—A veces no —suspiró Luciana. Se alejó de la ventana, se tumbó en el sofá y se cubrió el rostro con las manos.

La terapeuta tragó saliva. Con la muerte de Joao tan reciente, enredarse otra vez con Dante era una pésima idea. En las sesiones, la mención de ese hombre era una constante. Cada día que pasaba, Luciana reconocía con más facilidad que tenía parte de culpa en la ruptura, y eso la hacía cada vez más vulnerable.

«Si al menos tuviera una idea de las intenciones de Dante, sabría cómo ayudarla», pensó Vivien.

—¿Por qué has ido a buscarlo?

—No quiero hablar de él.

—Tienes que hacerlo. Dante Sartori fue la causa que te trajo a mí.

—He llegado a un acuerdo con él para devolver el dinero que pidió Joao.

—¿A cambio de qué, Luciana?

—Nada que ver con sexo —mintió Luciana—. Solo serán algunos encuentros, y no puede tocarme.

La mujer se movió en el asiento. La conocía demasiado bien como para no darse cuenta de que estaba disfrazando la verdad.

—Prométeme que vendrás a verme a la hora que sea si me necesitas.

—Te lo prometo. Ahora lo que quiero es que me ayudes a enfrentar el hecho de que el ascensor de su apartamento es idéntico al...

Se derrumbó. La aparente estabilidad emocional que mostraba se esfumó y dejó al descubierto la inseguridad que tanto se esforzaba en superar.

El llanto desconsolado de Luciana le erizó el vello a Vivien, quien cogió un pañuelo de la mesita cercana y se lo ofreció.

—Tienes que ayudarme a entrar en ese maldito armatoste. No quiero que Dante sospeche que algo va mal.

—Es demasiado pronto para superar ese episodio y, además, no será sencillo. De momento, procura pensar en cosas más agradables.

Luciana era un caso especial. El que la miraba no podía sospechar la tormenta contra la que luchaba a diario. Veía a una belleza de mujer, cercana a los treinta, una que poseía el don de robar miradas y aflojar mandíbulas; pero para que esa mujer existiera, primero tuvo que salvarla de sí misma y curar las heridas emocionales que otros le habían causado. Era tan fuerte que había sobrevivido a todo y, aun así, la vida no se cansaba de poner a prueba su resistencia.

Vivien se enjugó una lágrima. Se sentó junto a ella, le descubrió el rostro y le acarició las sienes.

—Vas a superar esto, Luciana. Solo necesitas tiempo. Olvidar ese suceso será tu objetivo.

—No quiero olvidar a mi hermano.

—No te pido que lo olvides, pero sí que te enfoques en los buenos recuerdos y que procures pensar menos en el resto.

—No sé si voy a poder hacerlo, Vivien.

—Al menos vas a intentarlo, y yo te voy a ayudar. No te rindes sin luchar; es lo que he aprendido de ti en todo este tiempo.

—Tú fuiste quien me enseñó; yo me había rendido.

—Pasaste por una etapa oscura, pero la has dejado atrás y sigues en pie. Eso es lo que importa.

—Tengo hambre —dijo Luciana, y consultó su reloj—. El tiempo vuela.

—Deberías tomarte este asunto en serio. Me estás evadiendo, y no puedo dejar de preocuparme.

—Te buscaré si te necesito.

—Eso espero. De momento, dobla tus sesiones de meditación y no te olvides de tomar las pastillas.

—Lo haré, no te preocupes. ¿Cenamos ya?

Vivien esperó a que se levantara y la abrazó. Suspiró al pensar en su próximo paso como terapeuta. Necesitaba ayuda extra. Quizá fuera poco ético, pero le cobraría un favor al más difícil de sus pacientes.

Mientras durara ese descabellado acuerdo con Dante Sartori, la cena de cada mes entre amigas tendría otra connotación. Luciana se enfrentaba al peor de sus miedos; ella, a uno de los casos más complicados de su carrera.

Capítulo 7

Upper West Side, Manhattan, New York

Apartamento de Dante

27 de enero, 2017

Dante se sentó de golpe en la cama y encendió la lámpara de la mesita. Su pecho oscilaba al ritmo de una respiración jadeante. La luz destacaba el sudor que le perlaba la piel. Se llevó las manos a la cabeza: no necesitaba soñar con unas imágenes que deseaba olvidar. Tenía suficiente con recordar aquella maldita escena cada día, una y otra vez, como si todo sucediera en ese mismo instante.

Cualquier detalle conseguía arrastrarlo de nuevo a aquella sensación de náusea, de sentirse cegado por unas luces que se le echaban encima. Oía de nuevo el atronador golpe en el lateral del coche y el llanto de Carlo. Finalmente, lo invadía la horrible impresión de caer en un pozo de oscuridad que terminaba por envolverlo todo.

Se levantó y fue directo al baño. Se metió en la ducha y dejó que el agua resbalara por su piel. El llanto brotó desde el fondo del alma y la impotencia desde todas las fibras de su ser. Golpeó la pared con los puños hasta que le sangraron los nudillos. Lloró para aliviar la presión que sentía en el pecho y para desterrar aquellos recuerdos al rincón más apartado de su mente, al menos, hasta el siguiente amanecer.

Media hora más tarde, salió del baño y entró en el vestidor. Se miró en el espejo y notó círculos oscuros bajo los ojos. Cogió la camisa y, al abrocharla, se fijó en las cicatrices en su abdomen. Con expresión ausente, pasó las yemas de los dedos por ellas durante unos segundos. Entonces sacudió la cabeza y terminó de vestirse.

Habían pasado dieciocho días desde la firma del acuerdo. No creyó que Luciana fuera a aceptar con tanta facilidad la reserva para el Bare&Pure. Sonrió al recordar las expresiones que cruzaron por su precioso rostro: ira, impotencia, pero fue la vergüenza la que más disfrutó.

El tiempo que requirieron las sesiones de depilación le había dado margen para prepararlo todo y no dejar nada a la casualidad.

También, para convencerse de que estaba lo bastante calmado como para no cometer una locura.

Luciana tenía razón: si se descuidaba un poco, rompería el consenso y la forzaría como la última vez, dos años atrás. El deseo enfermizo que sentía por ella, el rencor, la ira..., todo se unía. Iba a ser todo un reto para él evitar que ese acuerdo terminara en desastre.

Miró hacia la cama. La caja estaba lista, a falta de un solo detalle. Fue al guardarropa y buscó otra entre las del estante superior. La abrió, cogió el frasco de perfume y lo destapó. Dejó que la fragancia le inundara los sentidos. Se llevó la mano al corazón y disfrutó del delicado aroma durante unos segundos. Guardó el frasco en la caja que había dejado sobre la cama y salió de la habitación con ella bajo el brazo.

En la cocina, se encontró con su hermano. Leo tenía una taza de café en la mano y estaba tan concentrado en las noticias de la bolsa que apenas murmuró un saludo.

—Envía esto a Lu.

Sonrió al ver que levantaba la cabeza del diario. Solo mencionar a Luciana había bastado para captar su interés.

—Estás a tiempo de parar esta locura.

—Ni lo sueñes, Leo. Si no te gusta, mantente apartado.

—Siempre he sido sincero contigo, hermano; pero sabes lo que siento por ella —dijo, y cogió la caja—. Lo único que deseo es que ese acuerdo no os haga más daño. Estás jugando con un fuego que nunca has controlado del todo.

—No es tu problema. Ya te he dicho que no quiero que interfieras.

Dante sonrió al ver que se marchaba refunfuñando. Levantó la mano, consultó la hora en el Breguet y profirió una maldición: llegaría tarde a la junta. Se sirvió el café y se lo bebió de un trago. Cogió el maletín y la gabardina que había sobre el sillón, y salió del apartamento.



Queens, New York
Apartamento de Luciana
27 de enero de 2017

Luciana terminó de aplicarse la crema y colocó el bote junto al resto. El minúsculo estante del baño rebosaba de productos que, al entrar en la vida de Dante, se habían convertido en su rutina diaria. El alto grado de cuidado personal que le exigía el maldito imbécil la sacaba de quicio. No había creído posible retornar al punto en el que él decidía hasta el último detalle de su vida.

El día que recibió la visita de la asesora de imagen estuvo tentada de cerrarle la puerta en las narices. Que Dante la tratara como un objeto era asumir las consecuencias de sus acciones, pero eso no la calmaba.

Recordó a su abuela. Irasema Sampaio jamás aprobó su relación con Dante, pero tampoco le dio la espalda. Había vivido por ella y para ella desde que podía recordar. Cuando murió, el mundo se vino abajo y todo lo malo llegó.

La muerte le debía tanto... Le había arrebatado todo lo que era importante para ella, pero no le permitió sumirse en su oscuridad. Cuando despertó atada a la cama en aquel horrible hospital, comprendió que no iba a librarse tan fácilmente. Entonces apareció Vivien e intentó sacarla de su miseria.

Suspiró y volvió al presente. Se puso la bata y salió del baño. Las dos semanas de encierro por el tratamiento láser la tenían en tal estado que no sabía si reír o llorar. Tampoco ayudaba el hecho de que Dante pudiera requerir su presencia en cualquier momento.

Cogió un zumo de la nevera y se dirigió hacia el sofá. El timbre sonó cuando iba a sentarse. Vio al hombre a través de la mirilla. Frunció el ceño. Ya había vivido una situación similar y decidió ser cauta.

—¿Quién eres?

El visitante acercó la cara a la puerta.

—Mírame a los ojos, Lu, y dime a quién ves.

Luciana suspiró aliviada y abrió la puerta. Envuelta por el efusivo abrazo de Leo, pensó que, a pesar de que era idéntico a Dante, se sentía cómoda a su lado. Aunque fuera lógico que viera al maldito imbécil en él, no era así. Leo era alegría y bondad; Dante, seriedad y dominación. La compañía de Leo la calmaba. La necesitaba más que nunca.

—¿Cómo está mi muñeca exótica?

—No sé qué decir, Leo.

—¿Cuándo vuelves al trabajo?

—Mañana. Esta no era la idea que tenía para las vacaciones de este año. No tienes ni idea de lo aburridas que resultan las sesiones de depilación.

Leo asintió comprensivo y le entregó la caja que llevaba en la mano.

—Es para ti. Por favor, no me mires así; solo soy el mensajero.

—Lo siento. ¿Te apetece un café?

—Ya sabes que me apetece cualquier cosa que venga de ti —bromeó él.

Luciana dejó la caja sobre la mesita y se fue a la cocina.

El hombre se dejó caer en el sofá. Apenas podía apartar la vista de ella. El brillante cabello le caía hasta la línea de la cintura. Imaginó la suavidad de esos rizos y se vio acariciándolos. Cada una de las curvas se marcaba bajo la bata. Tuvo que obligarse a apartar la vista de aquel trasero que el diablo había creado solo para atormentarlo.

Infinidad de veces, había tenido que apretar los puños hasta el dolor para dominar la tentación de tocarlo, de agarrarlo con la fuerza de las ansias reprimidas. Habían sido muchos días deseando y largas noches soñando. Estaba mal e iba en contra de un código que aprendió desde niño, pero soñar no costaba nada.

La conoció primero y, aunque sabía que él tenía mucho más que ofrecerle, se apartó: su hermano la necesitaba. Se conformó con ser testigo cercano de la pasión que los consumía. Sí, esa palabra los definía. Si discutían, era con pasión; si se amaban, era mejor no estar en la misma casa.

Luciana sació la curiosidad que le había generado conocer un mundo nuevo. Fue entonces cuando comprendió que tenía dos Dantes entre manos. Su alegría se apagó al descubrir al hombre del día a día, sin sentimientos, el que fuera de la cama solo vivía para el trabajo y se cerraba a cualquier acto que involucrara al corazón.

La cubrió de oro mientras ella agonizaba por su amor. La amó a la manera de Dante Sartori, y no era eso lo que esperaba la romántica soñadora que lo había conquistado.

El aroma a café precedió a las tazas que Luciana traía sobre una bandeja. La mujer empujó la caja para dejar el servicio sobre la mesita.

—¿Estás segura de eso? —dijo el hombre señalando la caja.

—No hay vuelta atrás —aseguró ella, y se sentó junto a él.

—Entonces, no hagas nada que pueda molestarlo. Cumple con el acuerdo, Lu, y síguele el juego.

—Deberías decirle eso a él. No fui yo quien se portó como un animal la última vez.

—Intento olvidar ese día, muñeca. Le dijiste cosas feas a Dante. Cualquiera habría perdido los nervios. Creo que yo tampoco las habría soportado. Fue horrible.

—¡Horrible fue lo que hizo conmigo!

—Te lastimó físicamente, sí; pero tú le destrozaste el corazón.

Luciana se enderezó en el sofá y lo miró de soslayo.

—¿De qué corazón hablas?

—Calma, mi muñeca. No deberías atacarme, igual que no debiste atacarlo a él aquel día.

—Ni siquiera se dignó a hablarme, Leo. Solo quería que me explicara cómo podía ser tan frío mientras yo vivía en constante sufrimiento, pero en lugar de eso se convirtió en un animal.

Leo suspiró resignado.

—Es mala idea recordar el pasado con ese acuerdo vuestro por medio.

—Quería que me dejara llorar en sus brazos y lo hizo; pero a su manera. —Miró un punto fijo de la pared—. Cuando debió consolarme, me humilló.

—Lo sé, muñeca, lo odié por eso. Me enfrenté a él, y se dejó moler a golpes. ¿Qué más podía hacer? Me destrocé el hombro cuando te oí llorar y quise derribar la puerta.

—Perdóname, Leo, no quiero cargarte con mis problemas. Sabes que te quiero como a un hermano. Me cuidas, me proteges, me consuelas...

Leo, en un arrebato, se inclinó sobre ella y la besó. Gimió al sentir que las manos de Luciana intentaban apartarlo.

—Nunca podré serlo —dijo contra sus labios, y se separó un poco para mirarla a los ojos—. Llámame guardián o incluso amigo, pero no hermano. No cuando te deseo tanto, Lu.

La mujer se levantó. Dirigió a Leo una mirada de reproche.

—Tú no, por favor.

—¿Alguna vez te he faltado al respeto? —El hombre no esperó respuesta—. Ni lo haré, mi muñeca exótica, pero tenías que enterarte de que nunca he sido inmune a tus encantos.

Luciana quedó paralizada ante la confesión. No tenía sentido. Él perdió todo interés por ella, cinco años atrás, y la instó a aceptar a Dante. Asumió el papel de confidente, de sostén.

Recordó los momentos que habían compartido, las veces que había llorado en su pecho hasta quedarse dormida, el casto beso en los labios con que la saludaba... Se le vino a la cabeza que los dos hombres jugaban a vestirse y peinarse del mismo modo para que ella identificara a Dante. Nunca se equivocó. El destello de lujuria en los ojos del maldito imbécil, cuando la miraba, nada tenía que ver con la dulzura de los ojos de Leo, quien, por lo visto, había disimulado muy bien sus verdaderos sentimientos.

—Será mejor que me marche —dijo él, y se dirigió cabizbajo hacia la puerta. Cerró suavemente al salir.

—Dios mío —murmuró Luciana, y se dejó caer en el sofá.

El teléfono sonó. Casi se le detuvo el corazón al cogerlo y ver el número de Amanda, la directora del refugio. Recordó la promesa de Dante. Tembló por lo que significaba que la mujer le agradeciera haber apadrinado a Buck, un mastín italiano con necesidades especiales debido a la edad y a los años de maltrato a que lo habían sometido.

Cuidar de ese perro era su sueño, pero su economía nunca se lo había permitido. Hasta ese día, solo le había dado cariño. A partir de ahora podría darle de todo. No importaba que volver a la vida de Dante fuera el precio que tuviera que pagar por ello.

Comprendió adónde la iba a llevar la decisión de buscarlo aquel día. Sintió la sensación de un puño cerrándose sobre ella, uno que apretaría cada vez más hasta asfixiarla, el mismo que dos años atrás casi terminó con su vida.

Se acercó a la caja que había traído Leo y la abrió. Sacó un conjunto de encaje blanco, un vestido de tirantes estampado, largo y abierto sobre el muslo, y unas sandalias altas del color de la ropa interior. La nota que encontró en el fondo de la caja le erizó la piel:

4 de febrero, 20.00 horas, mi apartamento. No faltes. Empecemos este acuerdo con el pie derecho.

El perfume que se hallaba en el fondo de la caja le hizo llevarse las manos a la boca. No podía entender lo que buscaba con ese detalle. Hurgaba en una herida que jamás dejaría de sangrar. Dante estaba decidido a cobrar con el más alto interés. Con el pequeño frasco apretado contra el pecho, se tumbó en el sofá y lloró desconsolada.



Lower Manhattan, New York
Sede de Sartori's Enterprise
27 de enero, 2017

Leo suspiró admirado por la imponente figura de la Estatua de la Libertad que, a través del enorme ventanal, se divisaba a lo lejos. Resultaba irónico perderse en su contemplación cuando se sentía preso de sentimientos imposibles, encarcelado en las redes de un deseo que bien merecía la milla verde.

Reclinado en la silla, con las piernas cruzadas sobre el borde de la mesa, se entretenía lanzando la pelota contra la pared. Después del arrebato, había comprendido que lo mejor era mantenerse alejado. Así, Luciana tendría tiempo para asimilar su confesión y él, para calmar el ánimo.

Que lo hubiera llamado hermano le sabía peor que si le hubiera asestado una puñalada en el corazón. El lacerante sonido de esa palabra en boca de Luciana había despertado algo primitivo en él. Cuando quiso darse cuenta, el mal ya estaba hecho. No tenía sentido arrepentirse, pero sí que lo tenía prometerse que jamás volvería a suceder algo así.

Desde el mismo momento en que la conoció, sentía algo más que deseo por ella. A pesar de que era de su hermano, siempre había albergado una latente esperanza, oculta incluso para sí mismo. Las circunstancias podían cambiar, pero sabía que Luciana era un imposible. El estricto código moral de la *famiglia* lo impedía. Desde el momento en que había entrado en la cama de Dante, no podía ser mujer para él.

Esos dos se debían tanto... Deseaba que ese encuentro forzado los obligara a vaciar sus almas y llorar abrazados hasta derramar la última de sus lágrimas, como deberían haber hecho dos años atrás.

El tiempo había pasado, y no podía olvidar la cara que puso Dante cuando despertó en el hospital, después del accidente, y descubrió que Luciana lo había abandonado. Le suplicó que dejara estar el asunto, pero él la encontró. Lo que debió ser una conversación se convirtió en un castigo que terminó en violación.

El recuerdo de ese día aún lo atormentaba, tal vez porque no había podido hacer nada. Intentó entrar al oír el inconfundible silbido de la vara y el llanto ahogado de Lu, después, solo sollozos y quejidos cada vez más débiles. Al percibir que la ira de su hermano se diluía entre jadeos, lloró junto a la puerta, pues entendió el horror de lo que ocurría en aquel despacho.

Todavía se preguntaba qué había sentido ella ese día para provocar a Dante y llevarlo a tal extremo. Él era un adicto al sado, sí; pero no un despiadado, y así se lo había demostrado desde el primer momento.

Luciana debió de enloquecer. No había otra explicación para los sucesos de aquel día. Sus ofensas fueron tan crueles, tan graves... No mintió al decirle que no sabía si él las habría soportado. Dante no merecía esas palabras. Nadie las merecía.

Solo veía un camino para ellos: tendrían que sepultar esos lamentables recuerdos en lo más hondo de su alma. Era el único camino para encontrar un equilibrio que les permitiera coexistir en el mismo universo.

La voz de Dante casi le hizo caer de la silla.

—¿No tienes nada que hacer?

—Te estaba esperando para ir a recoger a la *nonna*.

Dante consultó la hora e hizo ese gesto que compartía con su hermano gemelo cuando algo los perturbaba: suspirar y pasarse una mano por la cabeza.

—¿Qué pasa?

—Estoy cansado —respondió Dante.

«Más de alma que de cuerpo», se dijo Leo al ver las leves marcas violáceas bajo los ojos.

Le constaba que el regreso de Luciana había empeorado las pesadillas de Dante. Solo esperaba que no cometiera la locura de doblar las sesiones de los viernes en el Goddes. Si por una cita con la diosa suprema permanecía acostado todo el fin de semana, sin ganas de bañarse o comer, no quería ni imaginar el resultado de una segunda.

Lo había intentado todo para que Dante cambiara de opinión, pero él seguía empeñado en lidiar con la culpa por el camino difícil. De pronto, recordó que el viernes había pasado y que su hermano no había visitado el club. Iba a preguntar sobre ese cambio en la rutina, cuando la voz de Dante se lo impidió.

—No hables de Lu delante de la *nonna*. No estoy de humor para sermones.

—Deberías contárselo todo. No hay motivo para no hacerlo. Sois dos adultos y tomáis vuestras propias decisiones. Si son descabelladas, que lo son, a nadie le importa.

—Basta de tonterías, Leo —soltó Dante, y echó a andar hacia la puerta—. Vámonos ya.

Leo se levantó y lo siguió. Cuando veía así a su hermano, tan obstinado, no podía dejar de pensar en el temperamento de Luciana. Temía que ella reaccionara como aquel día y que Dante volviera a perder el control.

Siempre había creído que no existían mujeres más difíciles que las italianas. Sin embargo, desde que había conocido a Luciana, ya no estaba tan seguro. Debajo de una dulzura adictiva, un carácter alegre y un cuerpo roba alientos, se escondía un genio de mil demonios.

Capítulo 8

Upper West Side, Manhattan, New York
Apartamento de Dante
4 de febrero, 2017

Luciana salió alterada del ascensor. Entre lo que esa caja le hacía revivir y lo que tendría que enfrentar, su mente no encontraba un momento de paz.

La puerta del apartamento se abrió y Dante apareció en el umbral. Vestía camisa blanca remangada, *jean* claro y mocasines. Se echó hacia un lado con gesto de clara invitación, pero cuando Luciana se acercó, le cerró el paso y aspiró su perfume.

Atrapada entre aquellos brazos y la pared del vestíbulo, tuvo que apartar la mirada, afectada por la caricia del aliento de Dante en el cuello. Cuando él se separó, respiró valor y avanzó con la expresión de quien se dirige al patíbulo.

—Siéntate —pidió él casi con amabilidad—. ¿Qué te sirvo?

—*Whisky*. Que sea doble.

Dante sonrió y le señaló uno de los sillones, pero ella pasó de largo y se detuvo frente al ventanal. Mientras servía las bebidas, analizó las señales que delataban el verdadero estado de ánimo de la mujer. Cogió los vasos y la carpeta que había sobre la barra, se acercó a ella y le entregó la bebida junto con los papeles.

—Te recomiendo calma, Lu.

—Estoy calmada —mintió Luciana. Se llevó el vaso a los labios y bebió un largo trago—. Acabemos con esto. ¿Qué se te ha ocurrido para hoy?

—No hay prisa —dijo Dante, y se sentó en el sofá—. Eres mía durante las siguientes veinticuatro horas.

Luciana se estremeció al oír la palabra “mía”. La devolvía de lleno al pasado turbulento que habían compartido. Fue tal la impresión, que reaccionó con retraso al resto de las palabras de Dante.

—¿Veinticuatro horas? No, Dante; acordamos citas solo para cenar o para asistir a eventos.

Una sonrisa lobuna apareció en los labios del hombre.

—Nunca hablamos de la duración de las citas. En el acuerdo lo pone bien claro.

Luciana abrió la boca. Miró los papeles que tenía en la mano y se sentó en el brazo del sillón con la intención de revisarlos.

—Lee los términos del acuerdo —pidió Dante—. Si tienes dudas, responderé a todas tus preguntas.

—Ya lo he hecho. Los leí el día que los firmé. Estoy segura de que eso de las veinticuatro horas te lo acabas de inventar.

—Y yo estoy seguro de que hay cosas que has pasado por alto. De otro modo, no habrías firmado. Léelo, quiero que tengas claro a lo que no puedes negarte.

—¡Eres un maldito tramposo!

—Y tú sigues siendo la misma ingenua.

Luciana se dirigió hacia la mesa donde días atrás había firmado el acuerdo, y se sentó.

Una mezcla de excitación y poderío creció en el pecho de Dante. Disfrutó de la manera en que ella apretaba los labios y negaba con la cabeza cada vez que encontraba una de sus cláusulas especiales.

—¿Quieres que me acueste con una mujer?

—Dijiste que no tendrías sexo conmigo ni con ningún otro imbécil, pero de las mujeres no mencionaste nada.

Luciana revisó otra vez el papel y lo miró con incredulidad.

—¿En serio vas a pedirme que tenga sexo con una mujer?

—Creo que está bastante claro en el punto doce del acuerdo. De hecho, ya está arreglado.

—No voy a hacerlo.

—Pues vas a alegrarme el día. No olvides lo que pasará si te niegas a cumplir lo pactado. Para que veas que no soy tan malo como dices, te doy cinco minutos para que te lo pienses.

Luciana lo miró dolida, molesta consigo misma por haber permitido que la pusiera en semejante situación.

—Prometiste que nunca me compartirías. ¿Qué ha pasado con tu promesa?

—Se rompió cuando me abandonaste —espetó Dante.

Ella bajó la cabeza. Sentía como si cada palabra suya la golpeará.

—Por lo que veo, soy culpable hasta de que faltes a tu palabra.

El hombre se apoyó contra el respaldo del sofá, separó las piernas y se puso las manos tras la nuca.

—No, Luciana. Digamos que no quiero privarme del espectáculo que sería verte en la cama con otra mujer.

—¡Eres un imbécil!

—Mientras estés a la altura, me da igual como me llames —dijo Dante, y se levantó para rellenar los vasos.

Una idea cruzó por la mente de Luciana; se llevó una mano al pecho y rezó para estar equivocada

—¿Qué quieres decir? Por favor, que esa mujer no sea Ximena.

—Lo es, y el tema queda cerrado —sentenció él desde la barra.

—Dante, yo no...

—¡He dicho cerrado!

La mujer endureció el semblante, pero guardó silencio y continuó leyendo.

Volvía al sofá, pero la exclamación de Luciana lo detuvo.

—¡No puede ser!

Dante supo lo que había encontrado; su sonrisa lobuna afloró de nuevo.

—Tal y como está escrito, Lu.

Se acercó y le tendió la bebida, pero ella la rechazó. Dejó el vaso sobre la mesa y, dispuesto a disfrutar de la victoria mientras degustaba el *whisky*, se acomodó en el sofá. Si le quedaba un ápice de duda acerca del triunfo, la expresión de derrota plasmada en el semblante de Luciana la disipaba.

—¿Cómo he podido pasar esto por alto? —se reprochó ella—. No es posible que no lo haya visto.

Luciana se levantó y cogió los papeles. Notó la mirada de Dante fija sobre ella hasta que ocupó el sillón frente a él.

—Esa es la misma pregunta que me he hecho yo todos estos días —replicó el hombre—. Tenía fe en mi plan, pero me lo has puesto muy fácil.

—Dante, por favor, no me hagas eso.

—¿Te niegas? No hay problema mientras entiendas que, entonces, podré follarte hasta saciarme.

—No voy a darte el gusto.

Estrujó los papeles y los tiró al suelo. Se pegó al respaldo del sillón al ver que Dante enarcaba una ceja. Se hallaba en sus dominios y ese acuerdo la había puesto en desventaja.

—Que así sea —dijo él. Cruzó una pierna sobre la otra, apoyó los brazos abiertos en el respaldo del sofá y sonrió—. Si todo ha quedado claro, ya te puedes ir desnudando.

La cara que puso Luciana, al mirar hacia el ventanal, no le arrancó una carcajada de puro milagro.

—¿Aquí?

—Desnúdate.

Ella miró otra vez hacia el exterior, pero el carraspeo de Dante le hizo girar la cabeza hacia él. No pudo reprimir la furia en su mirada al comprender que había llegado el momento que tanto había temido.

—¡Hazlo de una maldita vez!

Con un gesto de disgusto, Luciana abrió la cremallera lateral del vestido y se lo sacó por la cabeza. La prenda salió disparada hacia la cara de Dante.

Él la atrapó al vuelo. Se movió hacia la esquina del sofá, con el vestido sobre las piernas, y descansó la mano sobre el reposabrazos. Sonrió al verle los párpados entornados por la ira y dejó que sus ojos la recorrieran de pies a cabeza.

Desde los ojos color ámbar, que con la iluminación se tornaban verdosos, hasta aquellos pechos turgentes que apenas contenía el sujetador, toda ella cortaba el aliento. La mirada de Dante resbaló hasta la curva de la cadera y se desplazó lentamente hacia la tentadora entrepierna.

—Date la vuelta —pidió él con voz grave— y quítate las sandalias sin doblar las rodillas.

Los ojos de la mujer resplandecieron de furia. Sus carnosos labios temblaron.

—¡Hazlo! —exigió el hombre.

El ruego de Leo, para que le siguiera el juego a Dante, acudió a la mente de Luciana. Se dijo que no era tan desacertado intentar que el maldito imbécil perdiera el control. Aunque le costaba hacerse a la idea, decidió intentarlo. Dante Sartori tenía una debilidad y ella iba a explotarla.

Obedeció. Separó las piernas y se inclinó sobre la izquierda hasta tocar el tobillo con los dedos. El cabello rozó la alfombra. Los bordes de la braguita se acercaron al centro del tentador trasero. Oyó un sordo gruñido animal.

«Caíste», se dijo esperanzada.

Contoneó descaradamente la cadera y, como esperaba, los bordes de la fina pieza de lencería acabaron completamente entre las nalgas.

—No olvides lo caro que te salía provocarme —le advirtió él.

Luciana adoptó un tono modoso y adornó sus labios con una sonrisa de inocencia.

—¡Pero si estoy haciendo lo que me has pedido!

Con toda la calma del mundo, soltó los nudos, descruzó las tiras de las sandalias y se acarició la piel de los tobillos. A través de sus entreabiertas piernas, pudo ver cómo el mirón se esforzaba en tragar saliva.

Dante se removió en el sofá; ella estaba jugando a un juego peligroso. En el pasado, siempre había seguido sus advertencias, pero ese día, por lo visto, había decidido ignorarlas. No tenía ni idea de hasta dónde iban a llevarla sus provocaciones. Hizo un gesto de fastidio y le clavó una mirada severa.

—¡Quítatelo todo!

Luciana se irguió ante él. Transpirando desafío, se quitó las dos piezas que aún llevaba puestas y se las lanzó.

Dante sonrió ladino.

—Apóyate en los brazos del sillón e inclínate. Quiero ver si las depilaciones del Bare&Pure valen el dinero que he pagado.

Luciana contuvo un exabrupto y obedeció. Era humillante estar así: indefensa, expuesta y vulnerable ante esos ojos penetrantes clavados en su sexo. Si en el pasado había sido difícil acostumbrarse a tal desfachatez, era vergonzoso soportar en ese instante tanto descaro. Se mordió los labios y cerró los ojos.

—Ha quedado perfecto —aprobó él, y endureció el tono—. ¡Siéntate!

Luciana obedeció gustosa. Los laterales del sillón la protegerían de la mirada de otros posibles babosos de más allá del ventanal. Se fijó en la sonrisa triunfal de Dante. Deseó que las circunstancias le fueran más favorables. Habría sentido un inmenso placer al borrarla de la cara del maldito imbécil con una buena bofetada.

—¿Qué haces cuando tienes ganas, Lu? Llevas dos años sin pareja.

El comentario no la sorprendió. A esas alturas, él debía de saber hasta el color de la crema dental que ella usaba.

—No necesito a nadie —respondió Luciana con suficiencia.

Dante le dedicó una sonrisa cargada de ironía y la retó:

—Demuéstramelo.

Los ojos ambarinos brillaron. Era otra oportunidad para lograr que Dante le pusiera las manos encima.

—De acuerdo. —sonrió con malicia y usó las palabras del hombre—. Te recomiendo calma cuando me escuches gritar como una loca, porque si te gusta lo que ves, puedes estar seguro de que hay mucho más.

Dante estalló en carcajadas. La conocía tanto que sabía lo que pretendía al provocarlo, y no le iba a dar el gusto. No creyó que fuera a disfrutar tanto con sus desafíos.

Luciana se sentó en el borde del sillón, abrió las piernas y ofreció su sexo a la mirada de Dante.

El hombre no pudo apartar la vista de aquel coño depilado a la perfección ni de la tentadora redondez de las nalgas. Tragó saliva y se mordió un labio, despacio, como si saboreara lo que veía. Su respiración se tornó jadeante y profunda. Se llevó las manos a la bragueta y se bajó la cremallera para acomodar la creciente erección.

Devoró con la mirada, desde la entrepierna hasta los labios, cada centímetro de aquella piel aceitunada. Encontró los ojos ambarinos fijos en los suyos. Gruñó al ver la expresión atrevida y desafiante que ella había aprendido en su cama.

Luciana, consciente de su momento de poderío, se llevó los dedos a la boca y los chupó hasta empaparlos. Con el índice, se acarició el labio inferior y trazó una línea recta hasta el sexo. La otra mano se regodeó con la exuberancia de los pechos.

A Dante se le crisparon las manos sobre los muslos al ver cómo se acariciaba. Siguió con la mirada los dedos que se perdían en ella y los que le pellizcaban los oscuros pezones. Se llevó el puño a la boca al ver el total abandono de una mujer que rendía sus miedos y rencores al placer.

Luciana cerró los ojos; Dante Sartori dejó de importar. El reclamo de su cuerpo se impuso y, lo que había empezado como una provocación, se transformó en la urgente necesidad de satisfacer los febriles delirios de su mente.

Para Dante, cada sonido y cada temblor era un recordatorio de la pasión que había vivido con ella. Los tímidos suspiros se habían convertido en sonoros gemidos que el eco devolvía desde cada esquina de la habitación. Maldijo y se apretó la erección. El movimiento frenético de aquellos dedos le hizo casi destrozar el reposabrazos. Sabía que ella estaba al borde de un orgasmo épico. Lo conocía todo sobre esa mujer.

Luciana apoyó los dedos de los pies en la alfombra, arqueó el cuerpo y separó las nalgas del sillón.

El fuego que había crecido en su interior escapó a todo control y la hizo explotar.

Los gritos de placer levantaron a Dante del sofá. La observó extasiado. Echaba de menos ese justo momento en que ella se hacía un ovillo y gemía con los ojos cerrados hasta que se calmaba. Impaciente, pero disfrutando hasta el último segundo, esperó a que cesaran los espasmos.

—¡De rodillas! —ordenó cuando ella abrió los ojos.

Luciana, con la respiración aún agitada, obedeció y miró hacia el cristal.

—O me miras a mí, o te dejas desnuda frente al ventanal.

—No me sorprendería.

—Tu insolencia y mi paciencia no se van a llevar bien —advirtió con calma.

El tono estremeció a Luciana. Le recordaba los días en que solo con escucharlo bajaba la cabeza.

Un atisbo de satisfacción apareció en la mirada de Dante. Esa era una imagen de Luciana que quería atesorar para siempre: arrodillada a sus pies, enfurecida y dominada por los recuerdos.

Se desabrochó el cinturón. Produjo un roce metálico que hizo temblar a la mujer.

—Mírame, Lu.

Pareció que ella no oyera la petición, que ese sonido le hubiera paralizado la mente.

—¡Mírame, Luciana! —exigió él, y se abrió el pantalón.

La mujer levantó la cabeza, justo cuando él se apartaba el bóxer. El miembro, firme hasta lo imposible, quedó expuesto.

—Abre la boca.

Luciana, con una mueca de rechazo, se echó ligeramente hacia atrás. Una cosa era sexo oral, otra muy diferente lo que él pretendía, y ella lo había aceptado al firmar el acuerdo.

—Sabes que yo no...

—Lo sé, pero siempre hay una primera vez para todo.

—No podré hacerlo, Dante. Nunca he podido.

Él se había prometido que si ella suplicaba, se detendría; pero ya no estaba tan seguro: había demasiada indisciplina que dominar.

—Si derramas una gota, Luciana, ¡una sola!, esta alfombra será testigo de una posesión que jamás olvidarás.

Indecisa, cerró la mano sobre el miembro y se acercó unos centímetros.

—En la boca, Luciana.

Dante había deseado tanto ese momento que ni siquiera intentó contener el gemido que le provocó el roce de los labios.

—La quiero toda en tu boca —dijo a media voz, y empujó la pelvis.

La mujer se echó hacia atrás.

—Dante —dijo desolada—, nunca me obligaste a trag...

—Suplica, y puede que me lo piense.

Con los ojos entrecerrados, Luciana le dirigió una mirada cargada de desafío.

—Nunca más volveré a suplicarte.

—Pues no lo hagas, pero llega hasta aquí con los labios —dijo él, y señaló la base del miembro—. ¡Ahora!

Luciana apenas aguantó las embestidas. Con la garganta ardiendo, se contrajo con cada arcada. El exceso de saliva la asfixiaba. Cuando ya no podía aguantar más, notó que se vaciaba en su boca. Echó la cabeza hacia atrás e hizo ademán de escupir.

—¡Ni se te ocurra!

Tuvo que obligarse a tragar. Se preguntó qué había pasado con el hombre que le había mostrado un mundo de placer, pero respetando siempre sus límites.

—Ahora, lámelo.

La lengua de la mujer recorrió el miembro de abajo arriba varias veces. Los nudillos del hombre, poniéndose blancos, le dieron la última señal de esperanza. El maldito imbécil estaba a punto de perder el control. Esa era la oportunidad de conseguir su libertad.

Dante tuvo que ponerse las manos detrás de la espalda para no estrujarla entre sus brazos. Sabía lo que buscaba y, aun así, la dejó hacer. Cuando sintió que se iba a partir los dientes si seguía apretando la mandíbula, la detuvo.

—Basta. Levántate.

Se estaba poniendo el pantalón cuando Luciana corrió al baño. Se acercó y escuchó el sonido del vómito. La puerta estaba cerrada con seguro, así que arremetió con el hombro contra ella. Encontró a la mujer en el suelo, inclinada sobre el inodoro. A duras penas logró contenerse para no tocarla.

—¿Lu?

—Vete.

—Permíteme ayudarte.

—Sal de aquí.

Dejarla le costó más de lo que le hubiera gustado. Se apoyó en la pared, fuera del baño, y esperó.

Ella vomitó una y otra vez. Después, lloró sin consuelo. Por último, abrió el grifo y dejó correr el agua.

Dante se retiró. Recogió la ropa de Luciana, la dejó en su habitación y fue a ocuparse de la cena. Eligió los ingredientes que sabía que le gustaban y preparó una ensalada. Tomaba un Martini, apoyado en la barra, cuando pasó envuelta con una toalla y el cabello recogido con otra.

—Está en mi habitación —dijo él, al ver que buscaba algo.

Sin importarle que lo ignorara, la siguió. Sacó una bata del armario y la dejó sobre la cama.

—No te pongas ropa interior. Cúbrete y ven a cenar —pidió, y cerró la puerta tras él.

Luciana se dejó caer en la esquina de la cama. Perdida en sus pensamientos, jugueteó con la cinta de la bata.

«Con Edgar hubiera sido peor», le dijo su mente.

Discrepó de sus propios pensamientos. El cerdo prestamista le habría causado dolor físico, pero el maldito imbécil le hacía sangrar el alma.

Tarde o temprano, Dante encontraría la forma de hacer que incumpliera el acuerdo. Él había jugado bien sus cartas y eso cambiaba el juego. Estaba dispuesta a enfrentarse a lo que fuera, pero tener sexo con Ximena sería una prueba que no lograría pasar.

Se puso la bata y se quitó la toalla de la cabeza. El cabello se extendió por la espalda formando ondas. El espejo le devolvió la mirada de unos ojos irritados por la horrible experiencia del vómito. Dante sabía muy bien como castigarla. Le dolía la garganta y le costaba tragar, pero lo peor era el sabor desagradable del semen. Debía de estar en su mente, porque no era posible que lo siguiera sintiendo después de haber usado enjuague bucal como para diez personas.

Le habría gustado acostarse y dormir hasta la mañana, sin embargo, solo Dios sabía qué planes tenía Dante para sacarle el máximo provecho a la cita de veinticuatro horas. Salió de la habitación y lo encontró sentado junto a la barra. Evitó la mirada de sus ojos penetrantes, pasó de largo y fue a sentarse en el sofá.

—Ven conmigo; me gusta cenar aquí.

—No quiero comer.

Dante puso la ensalada sobre la barra.

—Tienes que alimentarte.

Luciana gimió al ver el yogur griego esparcido sobre las hojas de lechuga. Se llevó la mano a la boca.

—Te juro, Lu, que no lo he hecho a propósito —dijo Dante al comprender la reacción.

—¿Puedo irme a la cama?

—Al menos tómate un zumo. No puedes quedarte sin cenar.

—Me duele la garganta cuando trago.

—Si te tomas el zumo, dejo que te acuestes.

Luciana se encogió de hombros.

—Como quieras —dijo con resignación. Puso el brazo sobre la barra, cerró los ojos y dejó caer la cabeza sobre él.

Dante licuó una manzana, una pera y un trozo de aloe vera, sirvió un vaso grande de la mezcla y lo dejó sobre la barra.

—Lu —llamó con suavidad—. Tómate eso.

Ella levantó la cabeza, cogió el vaso con desgana y bebió un trago. Una mueca de dolor delató el esfuerzo. Le costó horrores apurarlo todo, pero lo hizo.

«¿Por qué eres tan orgullosa? —pensó Dante—. ¿Por qué no suplicas? Hazlo y yo mismo quemaré el acuerdo».

—¿Dónde voy a dormir? —quiso saber Luciana.

—En mi cama, si no tienes objeción. Quiero que duermas cerca de mí.

Una punzada en el pecho fue la respuesta de su corazón a la reacción de Luciana. Ella lo quería tan lejos como fuera posible, pero estaba dispuesto a arriesgar el acuerdo. La quería en su cama aunque solo fuera para verla dormir.

—No tienes por qué preocuparte, Lu. Me queda claro que si te toco, termina nuestro acuerdo.

Capítulo 9

Upper West Side, Manhattan, New York
Apartamento de Dante
5 de febrero, 2017

En mitad de la noche, despertó acurrucada contra Dante, con la pierna sobre su muslo y con el brazo en su pecho. Se separó asustada, pues no lograba recordar si ese acercamiento, según el acuerdo, podía perjudicarla. Colocó la almohada entre ambos y volvió a dormirse. Las pesadillas se adueñaron de su sueño.

Al amanecer, despertó sobresaltada. El hecho de soñar con vivencias del pasado siempre había sido para ella presagio de un pésimo día. No le había contado a Vivien que las pesadillas eran representaciones exactas de cosas que había vivido. Tampoco que al despertar recordaba esos malos sueños como si acabaran de suceder.

Los espíritus de sus seres queridos la visitaban cuando dormía. Ese día había despertado con la imagen de Joao muerto fija en la cabeza, y esa era una escena tan horrible y reciente que si no lograba apagarla, terminaría por desmoronarse.

Un profundo suspiro se le escapó del pecho. Estaba en la elegante cama del maldito imbécil. Era exactamente lo que había intentado evitar. Se levantó y, después de ducharse y arreglarse, salió a buscarlo. Entraba en el salón cuando oyó la voz de Leo:

—El detective sigue investigando el asunto, pero estoy seguro de que el dinero que Lu necesitaba era para Joao.

—Tiene sentido. ¡Ese maldito drogadicto! ¿Dónde está?

—No tengo ni idea.

—Le arrancaré la cabeza cuando lo encuentre. Luciana ha estado a punto de acostarse con Edgar por su culpa.

—Dante —sollozó Luciana—. Calla, por favor.

Los dos hombres se giraron bruscamente.

—¿Quieres que me calle? Joao es un inútil que no sirve para nada y lo sabes, pero no quieres reconocerlo.

—¡Basta, Dante! —soltó ella, y suavizó el tono—. Por favor.

—No te atrevas a defenderlo, Luciana —dijo él, y se acercó a la mujer—. Es un maldito drogadicto que ha causado mucho daño.

—Por favor, no hables así.

—¡Hablaré como quiera en mi casa!

—Por favor, Dante. Joao...

—¿Joao, qué?!

Leo lo cogió del brazo y lo alejó unos pasos de Luciana.

—Cálmate, Dante. Te estás pasando.

—¿Cómo qué me calme? No voy a permitir que...

Dejó la frase a medias al ver que Luciana caía de rodillas sobre la alfombra. Hizo ademán de ir hacia ella, pero se detuvo al momento: no podía tocarla y su hermano ya iba a socorrerla.

Luciana se aferró a Leo y lloró desconsolada. Dejó que la levantara en brazos y que la llevara al sofá. A través de las lágrimas, lo miró a los ojos. La dulzura de esas pupilas azules, mezclada con preocupación, la conmovió. Con un movimiento instintivo, le acarició el rostro antes de refugiarse en sus brazos.

El llanto de Luciana contra el pecho de su hermano le hizo apretar la mandíbula. Leo podía hacer lo que para él estaba prohibido. ¿A qué clase de arreglo de mierda había llegado con ella? Debería ser él quien la sostuviera, quien la consolara.

«¿De qué diablos hablas? Tú solo quieres venganza y castigo», le restregó su mente.

Molesto por la manera en que Leo consolaba a Luciana, le dio la espalda a la escena. Estaba mirando las embarcaciones que bajaban por el Hudson hacia la bahía, cuando sintió que el móvil vibraba en su bolsillo. Leyó el mensaje y comprendió el arrebato de la mujer. Se giró hacia ella.

Dormía en brazos de su hermano. Se arrepintió de haberla lastimado con sus palabras. Todo lo que había dicho era verdad, pero no podía castigarla con nada relacionado con la muerte. Sería inhumano, y aún no llegaba hasta ese punto.

—Está muerto —susurró junto al oído de Leo.

—¿Qué?

—Que Joao está muerto —dijo Dante, y se dejó caer en el sofá.

—Dios mío, por eso se ha alterado tanto.

—Yo no lo sabía, Leo; pero nada de lo que he dicho es mentira.

—Lo sé. Le complicaba la vida a Luciana, a su abuela y a cualquiera que se acercara a él; pero...

El móvil volvió a vibrar e interrumpió la conversación. Dante leyó y se levantó bruscamente.

—¿Qué pasa, hermano? —quiso saber Leo.

El aludido miró a Luciana con un gesto compasivo en el rostro.

—Llévala a la cama, anda.

Leo obedeció. Cuando volvió al salón, lo encontró bebiendo.

—¿No es muy temprano?

—La ocasión lo requiere.

—¿Pero qué ha pasado?

—Lo han matado en un ascensor. Le han asestado diez puñaladas.

—¡Por Dios! —se estremeció Leo.

—Luciana estaba con él. La herida que tiene en el abdomen es de ese momento.

—Deberías olvidarte del acuerdo, hermano. Ya ha sufrido mucho.

—¿Y yo, qué? ¿Yo lo he pasado de maravilla?

—No es lo mismo, hombre. Lucía...

—¡Desaparece de aquí antes de que pierda la paciencia!

Leo negó con la cabeza como si lo dejara por imposible. Cogió su abrigo y salió del apartamento.

Dante se dejó caer en el sofá. Se debatió entre disculparse o no con Luciana. No había dicho mentiras y, además, tampoco era adivino. De saber que Joao había muerto, no habría hablado así. Hizo una mueca de disgusto al pensar en el dolor que le había causado con su arrebato.

Las palabras que había dicho la mujer destacaron entre sus caóticos pensamientos. Le había pedido por favor no una, sino cuatro veces. Ella había suplicado, sí; pero a causa de su dolor.

Se pasó la mano por la cabeza con el gesto involuntario de frustración que compartía con Leo. Había esperado demasiado para conseguirlo, pero no era un triunfo. No era esa la causa ni el lugar que había imaginado para oír la suplicar.

Habían pasado dos años y veintidós días desde que Luciana le había roto el corazón y se había llevado su felicidad. Habría sido perfecto si el tiempo y su rechazo hubieran borrado lo que sentía por ella, pero lo perfecto seguía esquivándolo. Tendría que seguir lidiando con ese carrusel de emociones en el que la venganza y el deseo se disputaban sus acciones para con ella.

Se levantó del sofá, fue a la cocina y sirvió un vaso de zumo para Luciana. La encontró despierta, con los ojos brillantes y las pestañas humedecidas por las lágrimas.

—Tómate esto, Lu. —Le entregó el vaso—. No he debido decir esas cosas. Te debo una disculpa. Me he comportado como el maldito imbécil que dices que soy.

Luciana no pudo evitar un gesto de sorpresa. La disculpa de Dante no era solo por humanidad. Había en su tono y en el fondo de sus ojos una ternura que no esperaba. Se estremeció: el Dante oscuro era un reto para su cordura, pero el que tenía delante era un peligro para su corazón, y a ese le temía más.

—No me debes ninguna disculpa, a menos que tengas el don de la adivinación y yo no lo sepa. Si ese fuera el caso, habrías sido cruel, pero lo entendería. Esa es tu verdadera naturaleza.

«Tienes razón, Lu. Estoy empezando a aceptar que soy un hombre cruel, y no quiero serlo. Quiero ser el hombre que necesitas, pero soy demasiado egoísta para liberarte. Sin embargo, hoy voy a dejarte marchar. Necesitas un detalle cálido. ¿Para qué engañarme? En realidad, soy yo quien necesita dártelo»

—Olvidémoslo todo —dijo Dante, y cogió el vaso vacío—. No quiero que nada perturbe estos encuentros.

Luciana apretó los labios para evitar un gemido. Su corazón sangraba, ¿y él venía a hablarle de un acuerdo? Cualquier gesto de bondad por su parte sería compensado siempre con un acto de egoísmo. Reacia a derrumbarse, se incorporó.

—¿Qué quieres que haga?

—¿A qué te refieres?

—Al acuerdo. Ordena, ahora que puedes.

—Luciana, no es eso lo que yo...

—¿Qué sigue?

Dante apretó la mandíbula. Esa mujer parecía decidida a sacar lo peor de él. Eso le hizo reconsiderar el momento de debilidad que acababa de tener. Si era lo que quería, iba a complacerla. La insolencia de Luciana despertaba al amo que, años atrás, ella misma había adormecido.

Dejó el vaso sobre la mesita y se perdió en el vestidor. Volvió con una caja redonda, la puso sobre la cama y la abrió. Quedaron a la vista diversos juguetes. La expresión de Luciana, entre vergüenza y curiosidad, sirvió para echar más leña a una hoguera que no necesitaba ser avivada.

—¿Cuál de ellos se parece al tuyo?

Luciana frunció el ceño. Esa pregunta era una trampa. Estuvo tentada a responder que ninguno; pero, después de registrar la casa, no quedaba mucho que él no supiera de ella. El maldito imbécil sabía cuál era su preferido, porque no podía ser coincidencia que tuviera uno hasta del mismo color. Se estremeció al pensar que era el suyo. Metió la mano a regañadientes, sacó el juego de doble bala y lo puso junto a ella.

Dante se sentó en los pies de la cama y cogió la bala anal. Sonrió al comprobar que la vergüenza, la ira y la resignación se entremezclaban en las facciones de Luciana.

—Quiero ver qué haces con esto. ¿Las usas solo en la cama?

Ella asintió.

—¿En qué posición?

—Depende.

Luciana se arrepintió de haberlo dicho. Dante no iba a dejarlo estar. Adoraba las conversaciones subidas de tono y las provocaciones verbales que terminaban siempre con ella en sus brazos.

—¿De qué depende? —se interesó él, y se llevó las balas a la nariz.

Luciana gimió. Ese gesto le confirmó que había ido a buscar el juguete a su apartamento. La vergüenza no era el fuerte de Dante, y eso le crispaba los nervios. Era un imbécil y un maniático sexual que no mostraba el menor pudor.

«Menos mal que no ha encontrado el otro», pensó la mujer.

—¿De qué va a depender? Pues de las ganas, por supuesto —soltó ella con lascivia, y se mordió el labio inferior.

Dante se calló una maldición. Era un gesto fingido de pura y simple provocación. Aun así, el miembro reaccionó bajo la aspereza de los vaqueros.

—¿Cuántas veces a la semana las usas?

—Tengo un récord de treinta días seguidos.

El hombre apretó el puño con el que sostenía las balas.

—A veces, pasa un mes y ni las miro. Después, un día no puedo dejarlas y las utilizo hasta la extenuación.

El corazón de Dante retumbó con fuerza en sus propios oídos. Luciana se había propuesto ir a la guerra con un arma muy peligrosa: la verdad.

La esgrimía con una expresión en el rostro que lo mismo podía ser tristeza que deseo insatisfecho. Esa imagen lo tentaba hasta el punto de poner en peligro el acuerdo.

—Voy a pedirte tres cosas.

—¿Me vas a pedir o me vas a ordenar?

Dante la ignoró. Le mostró las balas y cogió el mando de estas.

—Te ordeno que las uses como si estuvieras muriéndote de ganas y que las combines con este estimulador. Por último, yo me encargo de lubricarlas.

Luciana tragó saliva. Iba a darle un espectáculo digno. Ese encuentro llegaba a su fin, pero tenía una última posibilidad de hacer que la tocara e incumpliera los términos. Con una pizca de suerte, ese día terminaba el acuerdo.

—Te concedo un extra, pero yo decido cuál —sonrió ella modosa.

—Te escucho —dijo Dante, y se llevó una de las balas a la boca.

—Te permito que las metas en su sitio.

El hombre casi se tragó el objeto que tenía en la boca. Las palabras de Luciana lo habían tomado por sorpresa. El golpe de gracia, no obstante, fue que se quitara la bata, se pusiera de rodillas y apoyara las manos sobre la cama.

Se le dispararon las alarmas. Ella no aprendía. Quería hacerlo fallar, y no iba a darle el gusto. Se dio cuenta del peligro que representaba aquel trasero en pompa a escasos centímetros de su cara. Con un gruñido, se sacó la bala de la boca. Apretó los labios al sentir la sacudida del cuerpo femenino cuando le introdujo la bala en la vagina.

Cogió la otra y, después de humedecerla a conciencia, la presionó entre las nalgas. Agonizó por las ganas de pasar el dedo y la lengua por aquel agujero del demonio que lo obsesionaba. Se obligó al roce mínimo necesario para hacer desaparecer en ella el objeto rosa.

Se sentó en los pies de la cama, dispuesto a someterse a cualquier tortura con tal de retenerla. Con esos pensamientos, accionó el control.

—Usa el estimulador, Lu.

La enardecieron los gemidos de la mujer con cada cambio de vibración de las balas. La llevó al borde del delirio tantas veces que dejó de entender las palabras que salían de su boca.

Sonrió ante sus maldiciones y jadeó al oírla mencionar a Dios en su idioma natal. Era como volver al pasado, a los días en los que solo la pasión regía sus vidas.

Luciana se retorció sobre la cama. Intentó sacarse las balas, pero él no se lo permitió. La atormentó hasta hacerla llegar al punto en que dejaba de luchar y se rendía al placer sin importar de dónde viniera.

Le encantaba que ella se resistiera y lo fulminara con esa mirada de furia salvaje mientras gemía sin control. Lu lo había hecho en el pasado y lo volvía a hacer; se dejaba ir sin remedio, odiándose y odiándolo. No eran buenos recuerdos. Dominar su cuerpo sin tener su corazón era un error que no podía permitirse.

«¿Pero tú de qué hablas, macho? ¿Y la venganza?», le recordó su mente.

El gemido definitivo brotó por tercera vez. Apagó el control y ella se desplomó jadeante. Los sollozos que Dante recordaba cada noche en la soledad de su cama le acariciaron los oídos. Contempló el brillo del sudor que perlaba la piel aceitunada. Dejó que sus ojos la recorrieran de pies a cabeza mientras esperaba a que se le calmara la respiración. Tras unos instantes, se incorporó.

—Bocarriba.

Luciana obedeció, pero intentó sacarse las balas.

—¡No tienes permiso!

La mujer se contuvo. Su interior seguía crispado y un entumecimiento comenzaba a invadirla. Apenas podía respirar. El agotamiento era tal que le costaba moverse.

—Abre las piernas y dobla las rodillas; quiero verte.

Ella hizo caso de mala gana y apartó la vista.

—Ni siquiera la palabra empapada te define —soltó él mientras devoraba con los ojos cada centímetro de su sexo.

—Eres un imbécil.

—Lo sé —admitió Dante, y sonrió con ironía—, pero no olvides cómo solías suplicarle en la cama a este imbécil.

Luciana apartó la vista. Su arma para luchar no podía ser otra que la provocación, pero era un libro abierto para él. ¿Cómo defenderse si no podía rebatir sus palabras?

Con los ojos clavados en el coño que tenía delante, el hombre se abrió el pantalón.

—Termina con esto —pidió ella, y se llevó la mano a la entrepierna.

—¿Te he dado permiso para sacarlas?

—No, pero yo...

—¡De rodillas!

—No, Dante. Otra vez, no.

—¿Estás suplicando? —se emocionó esperanzado mientras se abría la cremallera.

Ella se arrodilló a sus pies y bajó la cabeza.

—No. Estoy pidiendo. Tú puedes hacer lo que te plazca.

—De acuerdo, Lu. Lo harás a tu ritmo y con la profundidad que quieras —dijo el hombre, y se agachó para quedar a su altura—. ¿Puedo tocarte la cabeza para evitarte un disgusto?

Luciana asintió recelosa. Tanta amabilidad le llenó la mente de letreros de neón con la palabra peligro escrita en mayúsculas.

—Abre —dijo él incorporándose, y su erección rozó los labios de la mujer.

Esperó a que se lo metiera en la boca para apretar el control. Sonrió al sentir que los labios le rozaban la base del miembro. Excitada hasta la locura, no se daba cuenta de que lo dejaba hundirse, cada vez más, sin que ni una sola arcada interrumpiera la caricia de su boca. Entre gemidos, lo atormentaba con la lengua. Lamía la carne palpitante de arriba abajo al ritmo de las balas que vibraban en su interior.

Las uñas de Luciana se le clavaron en las caderas. Levantó un poco la camisa para ver cómo su boca lo cubría por completo. Los labios inflamados y los gemidos atenuados lo enloquecieron. No podía apartar los ojos de la mirada ambarina que lo buscaba mientras la lengua se ensañaba con el glande.

La respiración de Dante se había convertido en un profundo jadeo. Estuvo a punto de levantarla del suelo y tirarla sobre la cama. Leo tenía razón: estaba jugando con un fuego que nunca había controlado del todo. Aun así, continuó, pero no tardó en gemir y apretar los dientes. Con un tirón la apartó y se dejó ir sobre sus pechos.

Hubiera sido un momento perfecto de no ser por la mirada cargada de odio de la mujer a sus pies.

Capítulo 10

Coral Gables, Miami
9 de febrero, 2017

Dante consultó el reloj por tercera vez. Tenía una cita en el club de campo y detestaba ser impuntual: los genes ingleses de su madre se imponían. Puso los brazos sobre el volante y apoyó la cabeza en ellos. Esposito, como casi siempre, llegaba tarde.

Cerró los ojos y se regodeó con la imagen de Luciana arrodillada a sus pies. No podía ni quería quitársela de la cabeza. Los recuerdos del pasado se mezclaban con el presente. A pesar del deseo enfermizo que sentía por ella, no había olvidado que lo enamoró y, después, lo abandonó.

Luciana le cambió la vida. Su alegría y su dulzura lo vencieron. Junto a ella había descubierto un mundo de sentimientos desconocidos. Por eso le dolió tanto el abandono. Le torturaba pensar que lo dejó porque dudaba de su amor. No supo demostrarle lo que sentía. Eso era algo que tenía que admitir.

Levantó la cabeza al oír el sonido del motor. El Mercedes entró en el almacén y aparcó junto a su coche. El conductor se bajó y fue a sentarse junto a él.

—Llegas tarde.

—Hago lo que puedo, don. Lo que ha pedido es complicado.

—Has tenido dos años para encontrar al culpable. Sigo esperando, y mi paciencia se acaba.

—Fue casi perfecto. Si usted no hubiera sobrevivido, seguiría siendo un accidente con conductor dado a la fuga.

—Sí, ya me dijiste que lo hizo un profesional; pero dejó pistas, y los tuyos las han hecho desaparecer. ¿Cuánto les han pagado?

—Don, con todo respeto, creo que lo importante es que hoy termina la espera. Ya los tenemos. —Le tendió un sobre—. Aquí está todo. Usted no se equivocó en sus suposiciones. Él dio la orden y usó a la gente de Vito.

—¿Quién habló sobre Alexia? —quiso saber Dante tras leer los documentos.

—Uno de los hombres de Vito. Mi informante escuchó una conversación entre ellos en la que mencionaron a la muchacha. Pensó que no tenía importancia.

—Te equivocas, es crucial —dijo Dante, y cerró el expediente—. Ella es la clave. Quiero el nombre del que hizo desaparecer las pruebas.

El detective espiró pesadamente y bajó la cabeza.

—Matar a uno de los míos es mala idea.

—¿Quién ha hablado de matar policías? Me es más útil vivo que muerto. Quiero que haga lo mismo por mí, llegado el caso. Además, me lo debe.

El hombre tragó saliva y se ajustó la corbata. Deberle algo a Dante Sartori era un asunto serio: su fama lo precedía. Que se mantuviera al margen del mundo *delle famiglie*, no lo hacía menos peligroso.

—¿Cuánto tiempo va a quedarse, don?

—En Miami, lo justo. Odio esta ciudad.

Esposito bajó la cabeza con afectación.

—Lo entiendo. Esta ciudad le ha quitado mucho.

Dante cerró los ojos y apretó los labios. Tras unos segundos, se giró hacia el detective y sonrió despreocupado.

—Te he retenido más de lo necesario. —Sacó un sobre de la guantera y se lo entregó—. Te llamaré cuando necesite tus servicios.

Esposito inclinó la cabeza, salió del coche y, un minuto después, del almacén.

Apoyó los antebrazos en el volante. Habría sido mejor estar equivocado. Al principio, rezó para que quien deseara su muerte, lo hiciera a causa de su decisión de atender tan solo la parte económica de los negocios de la *famiglia*, pero sus oraciones no fueron escuchadas. El motivo había sido personal.

Descubrir que la causa de todo había sido Alexia, cambiaba sus planes. Que después de dos años siguiera vivo, solo podía significar que Pietro quería a Lu primero. Al salir ella de su escondite, ambos se habían colocado bajo el mismo punto de mira.

Cerró las manos con fuerza sobre el volante y respiró profundo. Había algo que decidir: esperar el próximo paso de Pietro o forzarlo. Sin importar lo que decidiera, estaría preparado. Seguiría fingiendo. La *famiglia* no podía enterarse de sus planes. Jamás los autorizarían.

El momento había llegado. Todo encajaba a la perfección: el regreso de Luciana, la confirmación de sus sospechas, la calma después de la tormenta... Se giró y cogió el estuche con la Excalibur 355. Lo colocó en el asiento del acompañante. Nadie relacionaría un asesinato con ballesta con el apellido Sartori. Ni siquiera su hermano sabía que llevaba más de un año entrenando.

Recordó a su madre y se llevó el puño al pectoral izquierdo.

«Perdóname. La promesa que te hice se romperá cuando tenga a Pietro Salvatore en mis manos. Sé que estarías de acuerdo en que su crimen solo se lava con sangre».

Capítulo 11

Queens, New York
Ponce Bank
13 de febrero, 2017

La llamaron desde la oficina del gerente. No quiso sacar conclusiones precipitadas, pero después de una reunión de apenas cinco minutos necesitó las píldoras contra la ansiedad y un café tranquilizador. Mucho había tardado Dante en tratar de interferir en su vida, fuera del acuerdo que los unía.

Alterarse no servía para nada. Ese macho italiano, ese maldito imbécil y egoísta, estaba mostrándose tal y como lo conocía. No había nada nuevo en su comportamiento, ¿o sí? Dante había sustituido la lujuria de su mirada por un fulgor endemoniado que la aterraba. Le recordaba las historias que las diosas contaban, entre suspiros, en la barra del Goddes.

Quería que los meses pasaran y que el dichoso acuerdo terminara. Los sentimientos encontrados que Dante le inspiraba luchaban por imponerse. No podía volver a la época en que una mirada suya hacía que se arrodillara, a los días en que se sometía por el ansiado premio: él, el hombre en el que se convertía en la cama, exigente y duro y, a la vez, todo dulzura y pasión.

Hecha una furia, se fue a la zona de descanso y se sirvió un café. A su pesar, el recuerdo del último encuentro con Dante le llenó la mente. Podía verlo sentado en el borde de la cama, con el mando en la mano, exudando lujuria por cada poro de la piel.

Apoyada en la encimera, oyó la voz pastosa de Henry. Desde que trabajaba en el banco, ese baboso había sido el más difícil de mantener a raya.

—Las noticias corren como la pólvora en esta oficina —soltó él desde la puerta.

—¿A qué te refieres?

—A tu ascenso, por supuesto —dijo Henry, y se arrimó con impudicia.

Luciana se encogió. No pudo evitar un cierto deje de asco en su voz:

—No lo he aceptado.

—Es cierto, pero no se lo han ofrecido a nadie más; ese ascenso lleva tu nombre escrito.

Henry puso las manos sobre la superficie metálica y dejó a Luciana atrapada entre ellas.

—Yo no lo acepto. Que hagan lo que quieran con él.

Sintió que una mano le apartaba la falda. El doloroso pellizco en la nalga le arrancó un pequeño grito. Se revolvió entre el cuerpo del hombre y la encimera. La bofetada resonó más allá de la zona de descanso.

—¿Cómo te atreves?

En lugar de soltarla, Henry apretó con más fuerza la firme piel.

—Pégame otra vez —dijo el hombre, e intentó besarla—. Tocarte vale cualquier castigo.

—Eres un imbécil, como todos.

Luciana soltó una sonora queja al sentir el tremendo apretón. Empujó a Henry y huyó. Casi se dio de bruces con el chico de la limpieza.

Se encerró en su oficina. Dolorida, se sentó. Necesitaba calmarse. Dondequiera que mirara o fuera, todo era Dante. Las acciones del maldito imbécil la encerraban en un círculo vicioso que le desgastaba los nervios. Lo odió por haberla puesto en evidencia. Si no hubiera propuesto el maldito ascenso, Henry seguiría comiéndosela con los ojos desde la distancia, pero nada más. Como buen machista, no soportaba tener a una mujer por encima en la cadena de mando.

No debió buscar la ayuda de Dante aquel día. Todo lo que estaba sucediendo era culpa suya. Desde que había salido del ascensor en la planta treinta y ocho, su vida se había convertido en una ruleta rusa. Reconocía que, al volver con él, se había expuesto a su manera ruda y dominante, que cambiaba en un segundo a preocupada y considerada. Era esa fascinante dualidad la que siempre había vencido su determinación a mantenerse alejada de él.

Era como un imán, como el lazo que poco a poco se estrecha a tu alrededor, sin hacerse notar, hasta que es demasiado tarde. Sabía qué iba a ocurrir, pero había pensado que podía vencer la tentación. Si tenía alguna duda de la manera en que Dante Sartori comenzaba a meterse bajo su piel, la oferta de ascenso la disipaba.

El puesto venía con un salario que reduciría lo pactado con él en varios meses. Cuando se lo ofrecieron, en lugar de alegrarse, lo primero que le vino a la mente fue que él lo había hecho porque quería que el acuerdo terminara cuanto antes.

Apretó el puño sobre el escritorio, lista para gritar de frustración hasta el día siguiente. Dante ya se había metido en su cabeza y estaba haciéndola bailar a su ritmo. Temía quedar atrapada en la telaraña que siempre tejía para ella. Hacer que se cuestionara cada paso que daba hacia él, era su manera de dominarla, y ya lo había conseguido. ¡Lo odiaba!

Se tragó las lágrimas e intentó concentrarse en el trabajo. Una hora después, seguía mirando los números del mismo informe. Las sienes le latían como protesta ante el alud de pensamientos que la atormentaban.

Una de las asistentes de la junta directiva tocó en la puerta.

—Adelante.

La mujer abrió y asomó la cabeza:

—Irasema, solicitan tu presencia en el salón de reuniones de la junta.

Le llevó unos segundos entender las palabras de Mary. Podía imaginarse la cara que habría puesto el gerente ante la reacción de un jefe que no entendía la palabra no. Si le había dicho a Dante que había rechazado la propuesta, el pobre hombre debía de estar temblando.

Preparada para rechazarla por segunda vez, Luciana subió por la escalera hasta el segundo piso. Mientras caminaba por el pasillo alfombrado, se alisó la falda y comprobó que la blusa estuviera completamente abotonada. Siguió el corredor de la izquierda hasta la lujosa puerta de madera del fondo, que el hombre de guardia abrió para ella. Le agradeció el gesto y se perdió en el interior.

La enorme mesa ocupaba el centro de la habitación. La luz que entraba a raudales por los amplios ventanales hacía brillar la pulida superficie de madera.

Se llevó las manos a los ojos: había demasiada claridad. La punzada en la cabeza le recordó a su adorada abuela, de quien había heredado las migrañas. Ese padecimiento volvía a atacarla desde que había regresado a la vida de Dante.

Por un momento, creyó que el salón estaba vacío. Entonces, de reojo, lo vio apoyado en la pared junto a la puerta. Su presencia era imponente. Se cubría el traje negro con una gabardina de la que era mejor no saber el precio.

La piel de Luciana ardió bajo la penetrante mirada de aquellos ojos. El azul violáceo, sello distintivo de los Sartori, brillaba como nunca en sus pupilas. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Ellos dos, en una habitación cerrada, era un triste recuerdo que no había conseguido borrar.

Dante había regresado a New York, pero no la había buscado. La había llamado desde Miami y, después de tratarse como extraños, terminaron enredados en una discusión de proporciones gigantescas. El mismo motivo de siempre: él ordenando y ella desobedeciendo.

Recordó cómo la había amenazado cuando se negó en redondo a considerar la idea de mudarse a su apartamento. Relacionó su visita con la insolencia de recordarle que con él solo se relacionaría lo estrictamente necesario. Respiró profundo. Era diferente enfrentarse a él en ese espacio cerrado. La valentía que le daba la distancia se esfumó.

—Dante, yo no...

—Inclínate sobre la mesa y levántate la falda.

Luciana dio un paso hacia atrás. Le crispaba los nervios que le ordenara eso. Ya no era la sumisa que se moría por complacerlo. Sus órdenes hacían que la Luciana que Irasema Sampaio crio, hirviera en su interior.

—No voy a hacerlo. Este es el lugar donde trabajo. Ya es bastante difícil mi vida aquí sin que me relacionen contigo.

—¿Crees que estoy pidiendo? —dijo Dante, y se separó de la pared—. Es una orden. ¡Obedece!

Luciana retrocedió poniendo más distancia entre ellos.

—Eres el dueño del banco, no el mío. Quiero que aquí te mantengas alejado de mí.

La sonrisa triunfal de Dante le hizo tragar saliva. Podía imaginar las palabras que venían a continuación.

—Soy tu dueño hasta que me pagues lo que me debes. No tienes derecho a pedir nada.

—Nunca debí darte la oportunidad. Eres un maldito imbécil.

—Te lo advierto, un insulto más y te azoto hasta que se me entumezca la mano.

—Si me tocas, el acuerdo termina —dijo Luciana, y retrocedió cautelosa—. Por mí, encantada.

—Te sientes muy segura respaldada por el acuerdo.

—De lo único que estoy segura es de que siempre cumples tu palabra.

—Contigo es todo un reto. —Sacó el móvil del bolsillo de la gabardina y envió un mensaje—. Tu disciplina deja mucho que desear.

—Estás viéndome como sumisa, y ahí es donde te equivocas. Eso se terminó.

El destello de los ojos del hombre le recordó que provocarlo era una insensatez; aun así, le sostuvo la mirada.

Dante encendió un cigarrillo y se acercó al ventanal. Habló de espaldas a ella:

—¿Por qué has rechazado el ascenso?

La mujer hizo un gesto de fastidio. La alteraba la facilidad con la que ese hombre pasaba de una amenaza a una charla trivial.

—No quiero nada que venga de ti fuera de lo acordado.

Dante crispó el puño dentro del bolsillo del pantalón.

—Me cansan tus desplantes. Pareces una niña malcriada.

—Pues no lo soy. Soy la mujer que sobrevivió a todo el dolor que le causaste.

—¿Tu dolor? —explotó Dante, y se giró con el rostro descompuesto—. ¿Y qué hay del mío?

Luciana se llevó una mano al pecho. Si no medía sus palabras, tendría graves problemas, aunque ya era un poco tarde para reparar en ello.

—Dante...

—¡También yo morí ese día!

Ella gimió. Era la primera vez que él hablaba con tanto sentimiento acerca de los sucesos que habían cambiado la vida de ambos.

—Basta, por favor. No quiero seguir hablando de eso.

—Sigues sin entender. Mientras dure el acuerdo, harás lo que yo te diga. Hablaremos hasta que yo decida lo contrario. Cuando firmaste, tú y tus problemas quedasteis bajo mi mando.

Luciana apretó los labios por el énfasis que le había dado al “tú”.

«El maldito imbécil está de vuelta», pensó dolida, arrepentida del sentimiento que le había inspirado el momento de debilidad del hombre, minutos antes.

—Nunca debiste seguirme a mi casa —sollozó Luciana—. Si te hubieras mantenido al margen de mis problemas, esto no estaría pasando.

—Esto lo propiciaste tú al venir a verme. En cuanto a seguirte, ¿has pensado qué habría pasado si no lo hubiera hecho? Habrías caído en las garras de un depravado que te estaría follando como un animal.

—¿Y en qué te diferencias tú de él? —espetó ella furiosa.

—Te traté como a una reina. Perdí los estribos una vez, ¡una vez, Luciana!, y no me arrepiento, lo merecías.

—Yo no quería ser tu reina. ¿Y quién te crees que eres para decidir lo que merezco o no?

—¡Maldita sea! Soy el hombre que aceptaste con todos sus defectos. ¡Los mismos con los que tanto gozabas!

Luciana lo fulminó con la mirada. El labio inferior le tembló por la alteración que crecía con cada palabra del hombre. A duras penas pudo contener el llanto.

—¡Te odio! Siempre es igual contigo.

—Me da igual lo que sientas.

—No hay ni gota de piedad en ti. Te escucho, y solo puedo pensar que es maravilloso haber dejado atrás a la mujer que dominabas con una simple mirada.

Dante caminó de un lado a otro junto a la mesa. Dio una calada al cigarrillo y se acercó a ella. Quedaron a dos pasos de distancia, las respiraciones agitadas, mirándose como enemigos.

—Es verdad que ya no eres mi sumisa —admitió Dante, y exhaló el humo en su dirección—. Tampoco eres más piadosa que yo, solo tienes mala memoria.

Luciana gimió. Lo siguió con la mirada hasta que él aplastó el cigarrillo en uno de los ceniceros que había sobre la mesa. El sonido de la puerta la hizo girarse.

Leo entró en la habitación y se acercó a ellos. Su rostro mostraba contrariedad. Cuando recibió el mensaje en el que su hermano le pedía ayuda, lo asaltaron sentimientos encontrados. Su objetivo era lograr que recuperaran la relación; pero ayudar a Dante, enfrentándose a Luciana, haría de esa una dura tarea.

—Inclina a Lu —pidió Dante señalando la mesa— y levántale la falda.

—¡No! —gritó Luciana, y se alejó de Leo.

—Ven aquí, mi muñeca exótica, no me lo pongas difícil.

—No lo hagas, Leo, por favor.

Fue fácil para él cogerle las manos y abrazarla, pero ella liberó una y lo abofeteó. El hombre sonrió y le dio un rápido beso en los labios que la hizo enfurecer todavía más.

Dante no podía apartar los ojos de la escena. Le costaba definir si era ira o frustración lo que lo consumía cuando ella suplicaba a su hermano.

Esa Luciana no era la mujer que, bajo obediencia, había mostrado el carácter dulce y tierno que lo había enamorado. Esa mujercita rebelde que tenía delante era la que, después de poner su mundo patas arriba, le había hecho replantearse el sentido de la vida.

Leo le sujetó las manos detrás de la espalda y la obligó a inclinarse sobre la mesa. El corazón le dolió al ver la humillación y la decepción reflejadas en su rostro. Adoptó la misma posición junto a ella y le sostuvo la mirada. Cogió el dobladillo de la falda y la levantó.

—No soy tu enemigo, muñeca.

—Leo, por favor. Basta.

—Lo siento, Lu. Hoy apruebo los métodos de mi hermano.

Dante, casi perdido el control, observaba la escena. Si oía otro “por favor” iba a enloquecer. La falda que Leo levantaba poco a poco dejó a la vista el ligero. Apretó la mandíbula al aparecer el tanga rojo que apenas le cubría las nalgas. Roja también era la marca que buscaba, y allí estaba, donde la piel aparecía irritada y comenzaba a cambiar de tono.

Su hombre en el banco le había informado de que uno de los trabajadores la había acosado en la zona de descanso. Cinco minutos más tarde, volvió a llamarlo para decirle que ese mismo fulano se jactaba de haberle marcado el trasero. Fue suficiente para cancelar todos los compromisos y correr a comprobarlo.

El sollozo de Luciana distrajo a Dante de sus cavilaciones. El hombre le hizo un gesto a su hermano para que la liberara y salió de la habitación.

Leo obedeció y le dio la espalda a la mujer. Cuando creyó que ya estaba lista, se giró. Encontró el rostro bañado en lágrimas e intentó limpiarlas, pero Luciana lo rechazó.

—No me odies, muñeca —dijo Leo, y le puso las manos en los hombros—. Sabes cómo es mi hermano. Nadie puede tocarte y quedar impune.

—Lo sé. Solo él puede hacerme daño.

—Estás siendo injusta, pero mejor no digo nada; no te gustaría mi opinión.

Luciana quedó sola. No podía creer que, a menos de una hora del incidente con Henry, Dante hubiera armado esa escena. De pronto, la claridad invadió su mente. Conocía sus métodos lo suficiente como para suponer que alguien del banco la vigilaba.

Apostaría un brazo a que tenía un guardaespaldas asignado a ella. Mejor no seguir con esa línea de pensamiento, porque lo próximo sería creer que tenía la casa llena de micrófonos y cámaras.

«¿Cómo no se me ha ocurrido antes?», pensó estupefacta.

Volvió sonriente a su puesto de trabajo. La esperanza de no estar equivocada le había alegrado el día. Iba a darle a Dante un espectáculo diario, hasta que no pudiera aguantar más y cruzara media ciudad para llegar hasta ella. Si en verdad el maldito imbécil tenía imagen y sonido de su casa, no resistiría las provocaciones y echaría la puerta abajo para tomarla a la fuerza. Ese acto, finalmente, le devolvería la libertad.

Capítulo 12

Ortigia, Italia
15 de febrero, 2017

La luz que se filtraba a través de la ventana le dio a Pietro de lleno en el rostro. Desorientado, se sentó en la cama. El cuaderno de tapas de cuero, que tenía sobre el abdomen, cayó a su lado. Se dio cuenta de que había dejado la botella de *whisky* tirada sobre la cama. La apartó y se restregó los ojos. Cogió el cuaderno y se lo llevó al pecho.

El tiempo pasaba, y el dolor no cedía. Su bella Alexia, su dulce niña; la recordaba cada día y la soñaba cada noche. Cuando eligió tan trágico final, el corazón de Pietro se rompió dos veces. El suicidio era algo que iba en contra de sus creencias. Hasta encontrar el diario, escondido en un compartimento secreto del vestidor, el motivo por el que había decidido quitarse la vida era un misterio que los atormentaba a todos.

La pobre Giulia sucumbió de tristeza. Pensaba que era culpa suya que Alexia hubiera muerto antes de cumplir los veinticinco.

Perderlas a ambas le cambió la vida. El ansia de venganza le nubló la mente. Vivía con el único objetivo de destruir al causante de su desgracia.

Leer las cosas que Alexia había escrito casi terminó con su razón. ¿Su hermosa hija viviendo esas atrocidades?, no podía creerlo. Fue a los lugares y buscó a los amigos que mencionaba en el diario. Pagó mucho dinero para encontrar al hombre al que llamaba amo. Alexia no murió por humillaciones ni castigos, sino porque él la había abandonado. Tanta era su dependencia de ese monstruo.

El corazón de Pietro sangraba a diario. Por más que ningún detalle lo hubiera hecho dudar de que Alexia era una joven feliz, ¿qué clase de padre permitía que, ante sus narices, su hija viviera sometida y lo aceptara como felicidad? No entendía cómo lo había pasado por alto.

Descubrir que tenía a ese monstruo más cerca de lo que había imaginado, y que compartían intereses y amigos, lo enloqueció.

Saber que se habían conocido en su propia casa fue una revelación sorprendente, y tan dolorosa como el puñal que se clava una y otra vez sobre la herida abierta. Jamás se le ocurrió que podría pasar algo así.

Cuando pudo controlar el dolor y pensar con claridad, usó a Vito Zerilli para investigar la vida que llevaba Dante en Nueva York. Supo de la mujer que había cambiado a su enemigo y la odió, pues no había abandonado su mundo oscuro por Alexia; pero sí que lo había hecho por ella.

Después, comprendió que esa escultural mujer era la debilidad de Dante Sartori. Una simple foto bastó para que ella lo odiara y lo abandonara. Provocar el accidente que casi lo mató, y fallar, le dio la oportunidad de reflexionar sobre el siguiente paso. Que viviera carcomido por la culpa y abandonado como un perro era gratificante, pero no suficiente.

Ella había vuelto; sumisa una vez, sumisa siempre. La alegría fue su reacción al saberlo. Que volviera con ese monstruo le servía en bandeja de plata la posibilidad de alcanzar su venganza y saciar las ganas que lo atormentaban. Esa mujer le quitaba el sueño.

El regreso de Luciana Alves era la estocada final. Dante Sartori iba a perderlo todo dos veces. Esa vez no sería sencillo ni rápido. Si le gustaba humillar e infligir dolor, le haría saber qué se siente cuando la víctima es una persona amada.

«Dante Sartori, necesitarás tres vidas para pagarme. Apenas estás viviendo un preludio de tu castigo», pensó mientras se levantaba de la cama.

Se dejó caer en el sillón. Lloró con el rostro entre las manos. La imagen de Alexia le sonreía desde el lienzo que colgaba de la pared.

¹ En la jerga de la droga, adicto a la heroína.

² Es una de las frutas de Brasil más consumidas en el planeta. Gran fuente de antioxidantes y nutrientes.

³ Escrito de esta forma, se refiere a los lazos de Los Sartori con la mafia.

⁴ Objetos y accesorios que aún no pueden catalogarse como antigüedades, y que se considera que han mejorado o se han revalorizado con el paso del tiempo.

⁵ —Nos vemos, señores. Sean inteligentes y vivirán muchos años.

⁶ Abuela